EL TONY CHICO

Drama en dos actos

(1964)

Personajes:

LANDA	El Tony
BARÓN	Malabarista del circo
BARAHONA	Malabarista del circo
RUCIA	Artista circense, esposa del Capitán
SONIA	Artista amante del Capitán
JUANUCHO	Mandadero, Tony chico
CAPITÁN	Director del circo
EMPERATRIZ	Dueña del circo
MARITA	Prostituta
MARÍA LUISA	Prostituta
MARÍA CLARA	Prostituta

PRIMERA PARTE

(Unas voces muy claras, como si estuvieran desprendidas de todo lo humano, se escuchan en un comienzo. Entonan "El Pregón". No se distinguen las palabras, tan sólo las melodías. Entonces vemos un cabezón en el centro del escenario. Su inmensa figura es lo único que está iluminado y avanza con dificultad. Tras él, sobre la panorámica, crúzanse nubes, reflejos, colores: un cielo cambiante.)

LANDA.– He estado caminando durante mucho tiempo. Los caminos no me asustan. Voy de uno a otro tratando de encontrar lo que una vez entreví.

Fue una mañana, creo.

Yo iba en un tren.

Y tenía un dolor fuerte en la cabeza.

Y un dolor sordo, aquí, por todo lo que había ido perdiendo.

De pronto, vi allá a lo lejos una vereda llena de presencias blancas, como ángeles, y escuché sus cantos y me llamaban y tenían alas en torno a la cabeza y llevaban algo entre las manos y me lo ofrecían.

El tren iba hacia ellos.

Supe que al encontrarlos, las cosas se ordenarían y que el dolor sordo que tenía en el corazón por todo lo que había perdido, se disiparía como una neblina.

Pero debe haber habido una curva en la vía, algo.

El tren entró de pronto en un túnel muy oscuro y sólo vi mi propia imagen reflejada en el vidrio como en un espejo.

Cuando volvió la luz del día, ya no se escuchaban los cantos ni se veían mis ángeles.

Estaba solo otra vez, en otro camino, continuando siempre.

Pero los había visto. Sé que existen mis ángeles.

Y desde entonces los busco.

(Las luces disminuyen sobre él y ahora se divisa en lo alto, entre las cuerdas de la carpa, a Barón *y a* Barahona *que están terminando de colocar las lonas. Amarran cordeles, disponen los trapecios y de pronto dejan caer las telas blancas, formando el decorado. Al mismo tiempo que realizan este trabajo, cantan.* Barón *y* Barahona *son muy semejantes y visten igual.)*

BARÓN.– Un camino es cosa larga

Pues la tierra ha de cruzar

Y el hombre con su carga
Paso a paso lo ha de andar

Ten confianza
Ten paciencia
Que al final está la mar

(Entra la Rucia *seguida a cierta distancia por* Sonia *y* Juanucho. *La* Rucia *es una mujer de cierta edad que debió ser hermosa. Ahora tiene los cabellos teñidos y dispuestos en bucles como los de una colegiala. Tiene los labios pintados de un rojo intenso y cuando los entreabre deja ver unas encías en las que faltan muchos dientes. Viste una bata de artista circense con plumas ya un tanto mustias en las mangas.* Sonia *es más joven, más gorda también, más voluptuosa. Morena con el pelo descolorido por el sol y la permanente. Tiene todavía una cierta atracción. Las dos mujeres traen baldes en las manos.)*

Rucia.– *(Gritando hacia arriba.)* ¡Eh, Barón!

Barón.– ¿Qué hay?

Rucia.– Vamos al río a buscar agua.

Barón.– Estamos amarrando estas cuestiones acá arriba.

Rucia.– Acompáñenos. No tenemos fuerza para traer tantos baldes.

Barahona.– Ya vamos.

Juanucho.– Yo las puedo acompañar.

Sonia.– ¿Qué no oíste lo que te dijo la señora Emperatriz? Te tienes que quedar cuidando el león.

Juanucho.– Pero si está durmiendo.

Sonia.– Está enfermo, que es distinto.

(Ya han bajado Barón *y* Barahona, *toman los baldes y salen acompañados de las mujeres.* Juanucho *inicia el mutis en dirección opuesta cuando descubre en un rincón a* Landa, *siempre con el traje de "cabezón" de espaldas sobre el suelo, con los brazos en cruz.* Juanucho *mira hacia arriba como si creyera que el hombre hubiese caído desde el cielo y en ese momento se escuchan sus quejidos, los quejidos de un hombre semiborracho.)*

Landa.– ¡Ay! ¡ay...! ¿Dónde se han escondido? ¿Dónde están...? ¿Por qué no vienen a socorrerme ahora...? ¿Dónde? ¿Dónde se perdieron?

*(*Juanucho *se acerca a él. No se siente atemorizado. Se arrodilla junto a él y toma entre las suyas una de las manos del "cabezón".)*

Juanucho.– Señor...

Landa.– ¿Quién está ahí?

Juanucho.– Yo, señor.

Landa.– ¿Quién eres?

Juanucho.– Juanucho.

Landa.– ¿Ellos te mandaron?

Juanucho.– ¿Quiénes?

Landa.– *(El niño lo mira sin responder.)* ¿Fueron ellos? ¿Dónde se escondieron? Dime... *(Con cierta dificultad se levanta. Su figura se recorta inmensa contra el cielo. El niño permanece arrodillado a sus pies.)* Para ese lado estaban... para allá... La última vez que los vi estaban todos aleteando en una hilera, en una estación, en una especie de camino largo... largo... *(De súbito pierde el equilibrio y cae nuevamente de rodillas: se comprende entonces que está borracho.)* ¿Tú no los has visto?

Juanucho.– No, señor.

Landa.– Un día... de repente... los verás como yo. y entonces todo cambiará y no podrás seguir viviendo bajo el cielo... Tendrás que vivir encima. ¡Encima! O si no acostumbrarte a vivir con este dolor sordo... aquí. *(Se toca el corazón.)* Ayúdame a salir de aquí adentro... ¡Ayúdame!

(El niño forcejea durante algunos segundos y logra desprenderle parte de la cabeza.)

Landa.– ¿Estás solo?

Juanucho.– El Capitán le está arreglando algo al motor del camión.

Landa.– ¿Quién es el Capitán?

JUANUCHO.– Los demás fueron a buscar agua al río.

LANDA.– ¿Podrían ser ellos?

JUANUCHO.– A mí me dejaron cuidando al león.

LANDA.– Yo los vi una mañana, Juanucho. ¿No dijiste que te llamabas Juanucho? ¿O fue un mediodía? El aire estaba lleno de luz, eso sí. Los vi y se me perdieron. Pasaron...

JUANUCHO.– No ha estado nada de bien.

LANDA.– ¿Quién?

JUANUCHO.– El león.

LANDA.– ¡El león! *(Ríe de pronto, sin razón.)* Imagínate si va a estar bien un león cuando los hombres andamos como... Pásame la botella.

JUANUCHO.– ¿Cuál?

LANDA.– Una que traía. ¿Dónde la dejaste?

JUANUCHO.– Yo no la he tomado, señor.

LANDA.– Búscala, búscala... búscala allá entre las matas.

JUANUCHO.– *(Buscando.)* No hay nada por acá.

LANDA.– *(Se yergue nuevamente y la cabeza de cartón piedra y un trozo del cuerpo caen: se ve su propia cabeza, muy pequeña, coronando la figura.)* Tú me la robaste... ¡Chiquillo de porquería! ¡Devuélvemela! *(Agarra a* Juanucho *por el brazo.)* ¡Devuélvemela!

JUANUCHO.– Yo no he tomado nada. Yo no he tomado nada.

LANDA.– ¿Ves? ¿Ves como todos me abandonan? ¿Por qué se perdieron, Dios mío? ¿Por qué?... ¡Devuélveme esa botella!

(Se escucha el gruñido del león. Aparece el Capitán, *hombre corpulento, fuerte, un tanto brutal. Usa botas y trae el torso desnudo, embadurnado de aceite.)*

CAPITÁN.– ¿Qué es lo que pasa? ¿Qué es ese griterío que hasta han despertado al león? *(Ve a* Landa.*)* ¿Quién es éste?

JUANUCHO.– Yo lo encontré nomás.

CAPITÁN.– *(Mostrando la cabeza.)* ¿Metido adentro de eso?

JUANUCHO.– Metido estaba.

CAPITÁN.– ¿Y por qué está llorando como una gallina ahora? *(*Juanucho *se encoge de hombros.)* ¿Le pegaste, Juanucho? *(Ríe.)* ¿Le pegaste como te dije que había que pegarle a los que te molesten? Eh... *(Se detiene frente a* Landa.*)* Oiga... *(Agarra al hombre por los brazos y lo obliga a incorporarse: aún dentro del traje del "cabezón",* Landa *parece más pequeño que el* Capitán.*)* Oiga, ¿quiere callarse de una vez y decirme lo que le pasa?...

LANDA.– ¿Usted es... el Capitán?

CAPITÁN.– ¿Y quién otro da órdenes aquí?

LANDA.– Me llamo Landa.

CAPITÁN.– Y yo soy el director de todo esto.

LANDA.– Vengo de allá... de la ciudad. Me debo haber perdido por el camino.

CAPITÁN.– ¿Qué vende?

LANDA.– No vendo nada. Soy propaganda. Ayudo a vender. Me paseo por las calles con esta cabeza... *(Lleva su mano hacia su sien y se sobresalta al no encontrar la antigua cabeza.)* ¿Dónde está?

CAPITÁN.– *(Con un gesto.)* Ahí.

LANDA.– Devuélvemela.

CAPITÁN.– ¡Ahí está, pues!

LANDA.– *(Vuelve a ponérsela y ahora se yergue frente al* Capitán *casi de igual a igual.)* Me paseo por las calles y agito esta bandera. ¿Ve? *(Extiende una bandera donde se lee: Dolores de cabeza: Sanaral.)* Ayudo a vender cosas para el dolor de cabeza con esta cabeza. *(La inclina como saludo.)* Más grande que la de cualquiera... esta cabeza que me duele... esta cabeza que me pierde... esta cabeza que me arrastra... *(Diciendo estas frases ha comenzado a bailar una especie de zarabanda agitando los brazos y las piernas en torno al* Capitán. Juanucho *ríe y lleva el compás con las manos. Pero de pronto el* Capitán *parece enojarse y con un solo golpe de la mano hace volar lejos la cabeza de cartón piedra.)*

CAPITÁN.– No me gusta que se rían de mí.

Landa.– *(Se saca la cabeza al hablar.)* No... no me estaba riendo... Es lo que hago en las calles, en los barrios, ¿sabe? No me estaba riendo de usted. Sino de mí. De mí.

(A lo lejos se escuchan las voces de un grupo que canta. Se acercan. Al escucharlas, Landa *se inmoviliza.)*

Capitán.– *(Encontrando una botella vacía.)* Eso es lo que pasa por ponerle más de la cuenta. Hay que saber aguantar el trago, oiga, antes de probarlo. Está curado, ¿ah?

Landa.– Estoy enfermo.

Capitán.– Es lo mismo.

Landa.– Pero no del trago. Estoy enfermo de lo que hay aquí, aquí abajo. Estoy enfermo con el aire.

Capitán.– Claro que sí. Lo pescó el aire, ¿ah? *(Ruge el león.)* Anda a ver, Juanucho, lo que le pasa a ése. (Juanucho *sale.)* Y usted lo mejor es que se vaya caminando, compañero.

Landa.– ¿Queda algo?

Capitán.– Ni un concho. Y aunque quedara... este pedazo de tierra es mío y no quiero curados aquí.

Landa.– ¿Suyo?

Capitán.– Mientras tenga plantada la carpa del circo. La ley dice que el artista es dueño de la tierra donde trabaja.

Landa.– ¿La ley? ¿Cuál ley?

Capitán.– La mía. Y no se me venga a poner machito, mire que con un solo hualetazo, lo hago volar lejos... vamos, caminando. Si quiere seguir tomando, vaya al otro pueblo.

(Los cantos han ido aumentando en intensidad y ahora vemos desembocar en el lugar a la Rucia, Sonia, Barón *y* Barahona *que traen baldes llenos de agua.)*

Coro.– El agua del río
¡Qué clara!
Pasa y no pasa más.
Así es mi vida
¡Qué pena!
El amor llegó y se fue
El agua del río
¡Tan pura!
No se puede retener
Y el momento que pasa
¡Y pasa!
Pasó y no volverá.
Las cosas del mundo
¡Mi vida!
Suelen engañarnos más
Más las aguas del río
¡Que siguen!
Llegan siempre al verde mar.

Landa.– *(Corre hacia el lugar de donde vienen los cantos. Pero al verlos aparecer se aleja.)* No... ésa no era la canción que cantaban. No era ésa.

Rucia.– ¿Quién es éste?

Capitán.– Uno que se confundió de camino.

Rucia.– Y para qué grita tanto. ¡Uf, la subida desde el río es muy parada!

Landa.– Eran blancos como una bandada de gaviotas, y parecía que en todo momento se iban a volar. Llevaban rumbo hacia el mar...

(La Rucia *mira al* Capitán *y se lleva una mano a la sien preguntando si está loco.)*

Capitán.– Curado nomás.

Landa.– No... ustedes no son como ellos... ¡No son! ¡No son!

Capitán.– *(Agarrando uno de los baldes y lanzando el contenido sobre* Landa.*)* ¡Tome, para que se tranquilice! *(Hay un momento de silencio.)*

RUCIA.– Tú tendrás que ir a buscar otro balde. Yo no pienso bajar de nuevo.
CAPITÁN.– *(Tratando de agarrar el balde que* Sonia *sostiene.)* Parece que van a ser dos los que necesita para que se despercuda.
SONIA.– ¡No! Déjalo... ¿Qué no ven que está chorreando?
CAPITÁN.– ¡No se vaya a constipar!
SONIA.– Déjalo.
RUCIA.– Algo le está pasando.
CAPITÁN.– Se le espantó la mona, pues.
*(*Barón *y* Barahona *lanzan una risa corta, casi como un saludo y salen con sus baldes.)*
SONIA.– ¿Qué van a hacer con él?
CAPITÁN.– ¿Nosotros? Nada. ¿Por qué habíamos de hacer algo nosotros?
SONIA.– No se le puede dejar botado aquí.
RUCIA.– ¿Y por qué no? ¿Te interesa acaso?
CAPITÁN.– Que se las arregle solo. Así como llegó, que se vaya.
RUCIA.– Déjalo que la Sonia lo ayude.
CAPITÁN.– *(A* Landa*.)* Vamos, caminando. No quiero verlo más por estos lados.
RUCIA.– No te metas. Deja que la Sonia lo ayude.
CAPITÁN.– Ándate para el carro, Rucia.
RUCIA.– Mejor será que vayas a buscar otro balde de agua.
CAPITÁN.– Estoy ocupado con el camión. Mandaremos al Juanucho. *(Se detiene antes de salir.)* ¿Vienes, Sonia?
RUCIA.– Déjala tranquila.
SONIA.– Ya voy.
(Salen la Rucia *y el* Capitán. Landa *y* Sonia *permanecen mudos. El hombre está en cuclillas sobre el suelo, empapado y súbitamente lúcido.)*
LANDA.– ¡Oiga! ¿No tendría... no tendría un trago que darme?
SONIA.– ¿No estará bueno ya?
LANDA.– No, me hace falta.
SONIA.– Déjese de tonterías. Y sáquese esas ropas que están empapadas.
LANDA.– *(Obedeciendo.)* Es que soy propaganda, ¿sabe? Ayudo a vender estas píldoras para el dolor de cabeza.
SONIA.– Contra el dolor será.
LANDA.– Eso será. En la ciudad, ¿sabe? Me paseo por las calles. Me llaman... me gritan: "Cabezón". Los obreros sobre todo, los albañiles. Ésos con gorro de papel de diario me gritan desde lo alto de las escaleras: ¡"Cabezón"! ¡"Cabezón"! Y se ríen. Parece que hay un chiste... Pero a mí no me importa, porque aquí adentro me siento más grande que ellos y puedo hacer cosas que nunca he hecho o nunca me atrevería a hacer.
SONIA.– ¿Qué cosas?
LANDA.– Las cosas que hacen los que son fuertes... como ese Capitán, por ejemplo. Él siempre hace lo que quiere, ¿no es cierto?
SONIA.– No sé.
LANDA.– ¿Que usted no trabaja aquí también?
SONIA.– Sí, pero nunca sé lo que hacen los demás. No me gusta meterme en esas cosas.
LANDA.– ¿Cómo se llama?
SONIA.– Sonia.
LANDA.– Sonia...
SONIA.– No es mi verdadero nombre.
LANDA.– ¿Y cómo se llama entonces?
SONIA.– De otra manera. Pero ahora me dicen Sonia. Me lo puse cuando entré al circo. Mejor que se saque esos pantalones también. Están empapados.
LANDA.– Estoy bien.
SONIA.– ¡Sáqueselos! ¿Que no tiene nada debajo?
LANDA.– No. No es eso.

Sonia.– Sáqueselos, no se le dé nada. Aquí estamos acostumbrados a ver cómo la gente se desnuda entre número y número.

Landa.– ¿En el circo quiere decir?

Sonia.– Claro. Como somos tan pocos, tenemos que hacer más de un número y los cambios son rápidos. Yo tengo un par de minutos para sacarme la malla de trapecista y ponerme el vestido de bailarina. Bailo mambo. Después del número del tony.

Landa.– ¿Cuál es el tony?

Sonia.– Ahora no tenemos. Se nos fue la semana pasada. Falta de paga.

(Aparece Juanucho, *trae un balde en la mano.)*

Juanucho.– Señorita Sonia...

Sonia.– ¿Qué pasa?

Juanucho.– Dice la señora que lleve su balde con agua.

Sonia.– Ya voy.

Juanucho.– Parece que quiere lavar antes de que empiece la función.

Sonia.– *(Molesta.)* Ya voy, te dije.

Juanucho.– Yo voy a buscar más. *(*Juanucho *sale en dirección al río.)*

Landa.– Parece que asustó al cabro.

Sonia.– No se asusta con nada. Está acostumbrado. Como todos lo mandan para uno y otro lado...

Landa.– Él fue quien me encontró.

Sonia.– ¿Y de dónde viene?

Landa.– De esa ciudad que hay allá. Pasé dando vueltas todo el día.

Sonia.– ¡De seguro que hizo sus aros en las cantinas!

Landa.– Me acuerdo que vi un camino de repente, un camino que parecía que llevaba a alguna parte. Lo tomé. Y parece que me perdí.

Sonia.– Nos encontró a nosotros. *(Ríe.)* Que es lo mismo que perderse. Es como si hubiera caído dentro de una trampa.

Landa.– ¿Qué quieres decir?

Sonia.– Este circo es redondo como el mundo, con todos adentro atrapados como moscas en el engrudo. El que cae aquí adentro ya no sale.

Landa.– ¿No le gusta el circo?

Sonia.– Ya ni sé.

Landa.– ¿Y por qué no se va entonces?

Sonia.– ¿Adónde?

(Hay un silencio bastante largo. A lo lejos se escuchan voces que todavía cantan la canción anterior y Rucia *que grita.)*

Voz de Rucia.– ¡Sonia..., Sonia!

Sonia.– Voy a tener que irme. *(Pausa.)* Para ese lado queda la ciudad.

Landa.– No sé si quiera volver.

Sonia.– ¿Va a seguir por ese camino que encontró?

Landa.– ¿Por qué lo dice como si estuviera riendo?

Sonia.– No me di cuenta.

Landa.– ¿Por qué me ayudo hace un rato?

Sonia.– ¿Cuando le iban a tirar el otro balde de agua?

Landa.– Sí.

Sonia.– No sé... porque no me gusta que le peguen a los que ya están en el suelo.

Landa.– Gracias.

Sonia.– *(Con ironía, incapaz de retener la risa.)* De nada. Y váyase ahora antes de que se le haga de noche.

Landa.– ¿No necesitan ayuda por estos lados?

Sonia.– Como ser, ¿qué?

Landa.– ¡Qué se yo!

Sonia.– ¿Que quiere quedarse?

Landa.– A lo mejor.

Sonia.– No. Siga por el camino mejor. Saldrá ganando.
Landa.– ¿Por qué no le pregunta a su Capitán?
Sonia.– *(Reaccionando.)* ¿Mi Capitán? No es mío. Ni yo tampoco soy de nadie. Aquí adentro cada cual se defiende con sus uñas. ¿Por qué habría de ser distinto el circo?
Landa.– Sí. ¿Por qué? Hasta tiene cielo.
Sonia.– Claro. ¿No ve las roturas? Cuando una está en el trapecio, se divisa a veces el cielo, un cielo, así, a pedazos.
Landa.– No sé por qué quiero quedarme.
Sonia.– ¡Bah!
Landa.– Pero me gustaría.
Sonia.– Quédese entonces. ¿Qué es lo que sabe hacer?
Landa.– Lo que venga.
Sonia.– ¿Pero qué es lo que ha hecho hasta ahora?
Landa.– De todo un poco. He trabajado en lo que he podido, y en todo me ha ido mal... ¡Tony podría ser, ahora!
Sonia.– *(Riendo.)* A lo mejor.
Landa.– ¿Qué no dijo que se les había ido? Anduve un tiempo con un circo y el tony me enseñó algunos de sus trucos. Además con esto del "Cabezón" he tenido cierta experiencia.
Sonia.– Pregúntele.
Landa.– ¿Al Capitán?
Sonia.– Capaz que lo tome.
Landa.– ¿Y por qué no también?
Sonia.– Sobre todo si acepta que le paguen tarde, mal y nunca.
Landa.– Tengo paciencia.
Sonia.– Va a tener que ser mucha paciencia.
Landa.– Estoy aburrido de andar solo.
Sonia.– Aquí no será compañía lo que le falte.
Landa.– Me gustaría probar.
Sonia.– Pruebe entonces. De chica me enseñaron que nunca había que quedarse con las ganas.
Landa.– ¿Adónde andará el Capitán?
Sonia.– A esta hora debe estar en la boletería.
Landa.– ¿Para ese lado?
Sonia.– Esa casucha que hay allá. ¿La ve? *(*Landa *inicia mutis.)* Aunque... espérese. Casi sería mejor que hablara con la señora Emperatriz antes.
Landa.– ¿Quién es?
Sonia.– La que manda.
Landa.– ¿La dueña?
Sonia.– Más o menos. Si le cae en gracia, le dirá al Capitán que lo tome.
Voz de Rucia.– ¡Soniaaaaaaaaa!
Sonia.– *(Gritando.)* Ya voy. *(A* Landa*.)* Venga.
Landa.– Cuando... cuando sigan camino ¿para qué lado irán?
Sonia.– *(Indicando en el sentido inverso al lugar donde está la ciudad.)* Para allá.
Landa.– ¿No van para el lado de la ciudad entonces?
Sonia.– No. De allá venimos. ¿Usted quería volver?
Landa.– No. De allá vengo también. No hay nada.
Sonia.– Ya verá que aquí hay menos.
Landa.– Pero por lo menos seguirán hacia el sur.
Sonia.– Hacia la costa, sí. En uno o dos días. No creo que este pueblo dé para más.
Landa.– Haré un aro con ustedes entonces. Y después... seguiré con ustedes.
Sonia.– Claro que sí. ¿Qué no le dije que el que cae aquí adentro ya no sale? Seguirá con nosotros hacia la costa. Hacia allá *(indica en dirección opuesta a la ciudad.)* está Valparaíso.
Landa.– *(Comprendiendo mal de adrede.)* ¿El Paraíso? *(Ríe.)* Pues detrás de ustedes me voy. Hacia el mar. Al Paraíso.

(Ella ríe. Toma su balde y sale. Él agarra sus cosas y la sigue. Mientras esto sucede, las luces se han encendido sobre otra zona del escenario y descubrimos a una mujer, Emperatriz, *sentada en una silla de inválida. No es una silla común y corriente, sino una especie de trono desvencijado del que cuelgan collares y cadenas de oro, recuerdos, y el todo está coronado por un quitasol que en algo remeda las roturas de la carpa.* Emperatriz *es una mujer vieja, llena de arrugas, pero con la mirada clara, alerta y penetrante. A pesar que sus piernas están paralizadas, conserva pleno dominio de sus brazos los que agita al hablar como las alas de un pájaro próximo a alzar el vuelo y en cierta forma imposibilitado para hacerlo. En medio de todo el boato de su trono, viste muy simplemente, de negro tal vez, como esas imágenes de santos pobres colocados en un altar demasiado rico. En un comienzo sólo se le ve a ella y a medida que su parlamento avanza, descubrimos a* Landa *sentado no lejos. A* Juanucho *y, por último, a* Barón *y* Barahona *que practican sus ejercicios de malabarismo en el fondo. Se lanzan anillos de colores con gran facilidad. Hay en torno a ellos una sensación de gran equilibrio.)*

Emperatriz.– Sí, hacia allá vamos. Todos lo años, en esta época, vamos hacia el mar, donde el invierno es menos crudo. Y hay un lugar, no lejos de aquí, donde ya se le huele. El camino se estrecha, las montañas parece que se hicieran más altas y el aire se llena de sal y de viento de mar. Antes, cuando tenía mis piernas, subía al cerro, me empinaba, trataba de verlo... Pero todavía no. Desde allí no se le alcanzaba a divisar. Se le huele no más. Y a veces, esto era antes también, no nos deteníamos a pasar la noche en el camino sino que seguíamos, seguíamos dándoles a los caballos, haciéndolos galopar entre las rocas y los pinos que nos decían que el mar no estaba lejos. Y al amanecer, llegábamos a Valparaíso. La bahía estaba llena de neblina, arrinconada ahí durante la noche y junto con las casas, con los cerros, con las calles y los ladridos nos precipitábamos hacia el mar, abriéndonos como un río que desemboca. ¡Ah, la alegría! Los cascos de los caballos sobre el pavimento húmedo. Las ventanas apenas abiertas. El aire frío. Esa ciudad que nosotros despertábamos de pronto con el ruido del circo. Y Doménico sentado a mi lado con el látigo en alto, Doménico que entonces aún vivía, me miraba diciéndome: "¡Guarda, Imperatrice, guarda la val del Paradiso, la val del Paradiso per lei!...". Nunca supo llamarlo de otra forma. A mí me gustaba que se equivocara, porque era algo que los dos ambicionábamos y así, con un nombre equivocado, nos parecía más nuestro. Era algo... algo hacia lo cual siempre queríamos volver. Por eso a veces, en las noches, antes de dormirnos, después del amor, ya sea en la montaña o en algún pueblo donde ni siquiera habíamos ganado lo suficiente para comer, Doménico me tomaba entre sus brazos y me decía: "La val del Paradiso, Imperatrice, per lei, per noi...". Y yo cerraba los ojos y veía florecer una ciudad de luces, como si el cerro mismo antes de hundirse en el mar mostrara una vez y por última vez, todos los tesoros que la tierra en otro tiempo tuvo.

(Hay un corto silencio al cual se enhebran las palabras de Barón *y* Barahona *que se lanzan los anillos. Sus parlamentos tienen un cierto ritmo, algo del sonsonete de una canción.)*

Barón.– Verde.

Barahona.– Verde.

Barón.– Azul, blanco, negro.

Barahona.– Negro, blanco, azul.

Barón.– Amarillo, azul.

Barahona.– Verde.

Barón.– Azul, amarillo.

Barahona.– Verde.

Landa.– Nunca he estado en Valparaíso.

Emperatriz.– Razón de más para que venga con nosotros entonces.

Landa.– Una vez iba camino al puerto. Iba en un tren...

Emperatriz.– ¿Y?

Landa.– Nunca llegué. Algo me debe haber pasado.

Emperatriz.– *(Riendo.)* ¡A los hombres siempre les pasa algo! Cuando llega el momento, les hacen falta alas para volar. Doménico tenía un par de muñones en la espalda; pero nunca le crecieron alas de verdad. Tenía el impulso, eso sí. Y hacía volar los caballos por el camino, o la lona de la

carpa, cuando la alzaba, como un volantín... Pero él se quedaba atrás, con las riendas o los cordeles. Y un día... lo agarró la muerte.

BARÓN.– Azul.

BARAHONA.– *(Como un eco.)* Azul, azul, azul...

EMPERATRIZ.– Pero no estamos aquí para contarnos las penas. ¿Habló con el Capitán?

LANDA.– Todavía no.

EMPERATRIZ.– Yo le hablaré entonces. La Sonia me dijo que usted podría ser tony.

LANDA.– Puedo probar.

EMPERATRIZ.– Me gusta su cara. No sé por qué. No tiene nada especial. Y a mí siempre me gustaron los hombres buenos mozos. Pero tiene algo de... de "conmovente". Pueda ser que no lo pierda como tony.

LANDA.– Trataré.

EMPERATRIZ.– Se queda con nosotros entonces.

LANDA.– ¿No sería mejor preguntarle al Capitán?

EMPERATRIZ.– Yo soy la dueña, Landa. Yo mando aquí.

LANDA.– ¿Y el Capitán?

EMPERATRIZ.– Desde que me pasó esto *(muestra las piernas)*, poco después de la muerte de Doménico, él es administrador. Lo dejo que organice porque sabe imponer orden. Pero la carpa es mía. *(A* Juanucho.*)* Anda a llamar al Capitán. Dile que quiero hablar con él. *(*Juanucho *sale.)* Ese niño tiene algo parecido a usted en la mirada.

LANDA.– ¡Qué curioso!

EMPERATRIZ.– *(Roza su mejilla con una de sus manos.)* Aquí. Como si tuviera una herida en los ojos. Los hombres cuando han visto algo y lo han perdido tienen la mirada así.

LANDA.– ¿Y usted cree que el niño tiene esa misma mirada?

EMPERATRIZ.– Sí, esa mirada de esperanza y nostalgia. Pero la esperanza y la nostalgia tienen a veces el mismo color, ¿no es cierto? ¿No es cierto, Barón? ¿Barahona? ¿No es cierto?

(Hay un silencio profundo. Los hombres no responden. Lo único que se mueve son los anillos de los malabaristas.)

LANDA.– ¿No le habrán oído?

EMPERATRIZ.– Casi nunca contestan.

LANDA.– ¿Y para qué les pregunta entonces?

EMPERATRIZ.– Porque a alguien tiene que dirigirle una las preguntas.

LANDA.– Así es.

EMPERATRIZ.– ¡Mírelos! Suspendidos entre el cielo y la tierra, jugando con anillos, semejantes, casi perfectos. Se parecen a lo primero que fue creado en el mundo. ¿A quién sino a ellos podría preguntarles?

LANDA.– Y a veces, ¿le contestan?

EMPERATRIZ.– A veces.

LANDA.– ¿Y qué le dicen?

EMPERATRIZ.– Casi siempre lo mismo.

LANDA.– ¿Qué?

EMPERATRIZ.– Espere, aguarde, espere.

BARAHONA.– Negro, blanco, azul.

BARÓN.– Azul, blanco, negro.

LANDA.– Espere. Aguarde. Espere.

(Entra el Capitán *seguido a cierta distancia por* Juanucho.*)*

CAPITÁN.– ¿Me llamaba, señora?

EMPERATRIZ.– Quería saber cómo están las cosas.

CAPITÁN.– ¿Qué cosas?

EMPERATRIZ.– El camión. ¿Pudiste arreglarlo?

CAPITÁN.– Sí.

EMPERATRIZ.– ¿Nos vamos esta noche, entonces?

CAPITÁN.– No, nos quedamos hasta mañana.

Emperatriz.– ¿Para qué? Anoche ni siquiera sacamos con qué pagar los gastos.
Capitán.– Pero he oído decir que esta noche vendrá más gente. Parece que los del fundo piensan venir.
Emperatriz.– Yo sería de opinión de seguir.
Capitán.– Ya está anunciada la función, señora.
Emperatriz.– En ese caso... Tenía urgencia, no sé por qué, de llegar a la costa.
Capitán.– Pasado mañana verá el mar.
Emperatriz.– Así tendrá que ser.
Capitán.– ¿Eso es todo?
Emperatriz.– Además quería decirte que acabo de contratar un tony.
Capitán.– ¿A quién? *(Mostrando a* Landa.*)* ¿A éste?
Emperatriz.– Sí.
Capitán.– Eso no es tony, señora.
Emperatriz.– Ya lo contraté.
Capitán.– Supongo que le habrán contado cómo lo encontramos.
Emperatriz.– No me interesa.
Capitán.– Yo no quiero peloteras aquí, señora. Y esta clase de tipos no hacen más que revolver las cosas.
Emperatriz.– Déjeme a mí, Capitán, yo tomaré las decisiones.
Capitán.– Además no tenemos con qué pagarle.
Emperatriz.– Un circo necesita un tony.
Capitán.– Un circo necesita muchas cosas; pero uno no puede darse siempre el lujo de tenerlas.
Emperatriz.– Ya te he dicho que yo tomo las decisiones.
Capitán.– Me voy a salir aburriendo también. Le he de decir, señora, que si las cosas siguen así, va a tener que buscarse otro director...
Emperatriz.– Otro administrador será. La única que dirige acá soy yo.
Capitán.– Como quiera. A mí no me van a seguir viendo por mucho tiempo.
Emperatriz.– ¿Y adónde vas a ir?
Capitán.– Hay otros circos.
Emperatriz.– Claro que sí.
Capitán.– Y puedo reensayar el número que tenía con la Rucia.
Emperatriz.– No vaya a ser cosa que te quedes sin trabajo, como antes... Y tengas que volver, como antes.
Capitán.– Ahora nos contratarían al tiro. A mí y a la Rucia.
Emperatriz.– No se te olvide llevarte a la Sonia también.
Capitán.– Métase en sus asuntos, señora.
Emperatriz.– Son asuntos míos.
Capitán.– En el trabajo me puede dar órdenes. En lo demás, métase en lo suyo.
Emperatriz.– Todo lo que sucede bajo esta carpa me incumbe.
Capitán.– Si es así, levántese de la silla y amarre usted misma los cordeles.
Emperatriz.– Ten cuidado, Capitán.
Capitán.– ¡Por lo menos así será verdaderamente suya esta carpa!
Emperatriz.– ¡Basta, basta, basta!
Capitán.– Si me paga para que todo esto marche, déjeme hacer las cosas a mi manera y no se meta en lo que no le importa.
Emperatriz.– ¡Me importa! Me importa porque un día puede suceder algo, no quiero que suceda en mi circo, bajo mi carpa. ¿Qué no te das cuenta que estás corriendo demasiados riesgos? La otra noche los pillé aquí mismo.
Capitán.– ¿Y quien le manda andarnos espiando?
Emperatriz.– ¡No los ando espiando! Y la prueba es que me quedé callada para no meter escándalo. A la hora que la Rucia llega a saber...
Capitán.– Déjeme que yo me las arregle con la Rucia, señora. Para eso es mi mujer.
Emperatriz.– Arréglenselas entre ustedes entonces.

CAPITÁN.– Eso es lo que hago.
EMPERATRIZ.– Viven así, como perros.
CAPITÁN.– Cada cual vive como puede.
EMPERATRIZ.– ¡Juanucho!
JUANUCHO.– Mande, señora.
EMPERATRIZ.– Acompáñalo donde Sonia. A ver si a ella se le ocurrió guardar algunas ropas del otro tony. Que se las preste. *(A* Landa.*)* No se demore mucho, oiga. La función es en un rato más y lo mejor será que debute esta misma noche.
LANDA.– ¿Ahora?
EMPERATRIZ.– ¿Y por qué no?
LANDA.– Sí. ¿Por qué no? *(Sale con* Juanucho.*)*
CAPITÁN.– Ya veo que tiene todas sus decisiones tomadas. ¿Eso era todo lo que quería?
EMPERATRIZ.– Todo. Salvo que te acuerdes de no decir mentiras.
CAPITÁN.– ¿Qué mentiras?
EMPERATRIZ.– Que no me conocías antes del accidente. Me conocías. Me conociste antes que a la Rucia. Me conociste cuando aún tenía mis piernas y podía subirme al trapecio. Me conociste cuando Doménico, lo único bueno que sucedió en mi vida, acababa de irse y me sentía muy sola. ¿No te acuerdas?
CAPITÁN.– ¿Me necesita para algo más?
EMPERATRIZ.– Para nada más. *(El* Capitán *inicia el mutis.)* Capitán...
CAPITÁN.– ¿Qué quiere?
EMPERATRIZ.– *(Después de un segundo.)* Nada. *(El* Capitán *sale. La mujer hace girar su silla y contempla a los malabaristas que no han cesado de lanzarse los anillos.)* El mundo está todo descoyuntado. Hace falta que llegue un gran viento que limpie toda esta porquería para que alguien construya de nuevo... Pero, ¿quién? Barón... Barahona... ¿quién? Hay hombres que han tenido una visión. Que han visto el orden de repente. Y la belleza. Como éste que acaba de llegar por ejemplo. O como Doménico. Hombres que lo llevan escrito en la frente y en los ojos, como si los hubiera tocado una luz. Tal vez ellos podrían reconstruir el mundo si tuvieran la oportunidad de hacerlo, si lograran agarrar lo que entrevieron y pudieran hacerlo visible ante los ojos de los demás... Pero en medio de la búsqueda casi siempre lo agarra la muerte.
Con Doménico sucedió así.
La muerte cortó su vuelo.
Y la imagen que perseguía quedó... ¿Dónde?
¿Qué pasó con toda esa belleza? ¿Dónde quedó?
¿Dónde, Barón? ¿Dónde, Barahona?
Ustedes mis malabaristas, ustedes que equilibran los anillos sin mucha razón, ustedes que se hablan y se contestan las mismas palabras, ustedes que han encontrado una especie de armonía en un juego tan estéril, díganme qué pasa con la visión cuando el visionario muere. ¿Se pierde en el aire?, ¿se evapora, se hace nada? Contéstenme ustedes, mis malabaristas...
(Los hombres no la miran. Las luces van decreciendo lentamente y lo último que vemos es la imagen de los dos hombres lanzándose anillos.)
BARÓN.– Amarillo, azul.
BARAHONA.– Verde.
BARÓN.– Azul, amarillo,
BARAHONA.– Verde.
(Ya en la oscuridad distinguimos una pareja abrazada, besándose. Son Sonia *y el* Capitán. *Parecen haberse agazapado entre las sombras. Tras ellos, el cielo presenta fuertes pinceladas rojas.)*
SONIA.– Ten cuidado que alguien puede vernos.
CAPITÁN.– Nadie viene para este lado. *(Vuelve a besarla.)*
SONIA.– Nunca se sabe. La vieja se lo pasa... *(Él la besa, la interrumpe.)* con su silla de un lado para otro.

Capitán.– Acabo de hablar con ella y dejé las cosas en claro.
Sonia.– ¿Sospecha algo?
Capitán.– ¡Tendría que ser ciega para no sospechar!
Sonia.– ¿Qué te dijo?
Capitán.– Yo le dije que se metiera en lo que le importa.
Sonia.– ¿Y tú crees que la Rucia...?
Capitán.– No, ella no. Por lo menos no se lo pasa espiando como la otra. *(Trata de besarla nuevamente.)*
Sonia.– No quiero meterme en ninguna pelotera. Te lo dije desde un comienzo: no me gustan las complicaciones.
Capitán.– ¿Y en qué pelotera está metida? ¿Que no está conmigo? ¿No se siente segura?
Sonia.– Apenas me dé cuenta que algo pasa, corto todo y me voy para otro lado.
Capitán.– *(Tratando de besarla.)* Empecinada también.
Sonia.– Así soy yo. *(Él termina por besarla largamente.)*
Capitán.– Nos encontraremos esta noche entonces.
Sonia.– ¿Esta noche?
Capitán.– Donde mismo. Después de la función.
Sonia.– *(Separándose.)* Alguien viene.
Capitán.– Nos vemos más tarde entonces.
(Sale y casi al mismo tiempo entra la Rucia. *Trae un canasto lleno de ropa entre los brazos. La escena ya está muy oscura.)*
Rucia.– ¿Quién anda ahí?
Sonia.– Soy yo.
Rucia.– ¿Qué están haciendo acá?
Sonia.– Vine a buscar unas cosas que dejé aquí esta tarde.
Rucia.– ¿Qué cosas?
Sonia.– Unas que trajimos con el Juanucho. Se las debe haber llevado de vuelta al carro.
Rucia.– ¿Estás sola?
Sonia.– ¿Y con quien había de estar?
Rucia.– Me pareció oír voces.
Sonia.– Ideas. *(Pausa. Camina... Después habla...)*
Rucia.– Ayúdame a colgar esta ropa.
Sonia.– Tengo que irme a preparar para la función.
Rucia.– Hay tiempo.
Sonia.– Además quiero ir a ver que pasó con ese hombre.
Rucia.– ¿El que llegó recién? Parece que va a quedarse.
Sonia.– ¿Quién te lo dijo?
Rucia.– Mientras estaba lavando, Juanucho vino a buscar al Capitán. Le dijo que la señora Emperatriz quería hablarle.
Sonia.– Yo le recomendé que hablara con ella primero.
Rucia.– ¿Qué quieres, que se quede?
Sonia.– ¿Por qué?
Rucia.– Te pregunto.
Sonia.– Me da lo mismo.
Rucia.– A lo mejor lo contratan como tony, en vez del otro.
Sonia.– A lo mejor.
Rucia.– Y a lo mejor termina gustándote, como el otro. *(Ríe con una cierta histeria contenida.)* Es mejor que nosotros, ¿te diste cuenta? Habla mejor, se ve mejor... No me parece que sea artista, de circo por lo menos. Me parece que es, ¿cómo explicarte? Mejor...
Sonia.– Métete en lo que te importa, Rucia.
Rucia.– ¿Qué quieres decir?
Sonia.– Deja tranquilos a los demás.
Rucia.– *(Con súbita violencia.)* Entonces tú deja tranquilo al Capitán.

Sonia.– ¿Qué...?
Rucia.– Lo que oíste.
Sonia.– ¿Qué tengo yo que ver con el Capitán?
Rucia.– Anoche, después de la función, ¿adónde fuiste?
Sonia.– ¿Anoche?
Rucia.– Sí.
Sonia.– Ni me acuerdo.
Rucia.– Te vi conversando con él. Después los dos desaparecieron. Él se demoró horas en volver.
Sonia.– No andaba conmigo.
Rucia.– ¿Estás segura?
Sonia.– Claro que estoy segura. Le pedí a Juanucho que me acompañara al pueblo.
Rucia.– ¿Al pueblo?
Sonia.– A comprar horquillas.
Rucia.– ¿A esa hora?
Sonia.– Hay un boliche que no cierra hasta tarde. Pregúntale a Juanucho. No veo por qué tengo que estar dándote explicaciones, por lo demás.
Rucia.– *(Con cierta súplica en la voz.)* No quiero que se me vaya, Sonia. Que se me aleje.
Sonia.– ¿Y qué tengo que ver yo con eso?
Rucia.– Es lo único que he encontrado.
Sonia.– Qué tengo que ver yo...
Rucia.– Todas las noches, desde hace un tiempo, lo espero. Lo espero. Horas. La noche entera a veces. Espero. Me acuesto en esa cama, entre baúles y las maletas, y lo espero. Minuto tras minuto, hora tras hora: la noche entera. Antes también solía dejarme así, sola, esperándolo. Pero cuando volvía, sin decir una palabra, sin siquiera darme una explicación, se acostaba a mi lado me tomaba entre sus brazos y me hacía conocer la única forma de felicidad que he conocido... Ahora eso también ha cambiado. Vuelve sí, pero como si viniera satisfecho ya. Se tiende ahí. Se duerme... y sin yo saber por qué me deja mucho más sola que cuando lo esperaba.
Sonia.– No sé para qué me cuentas esas cosas.
Rucia.– Porque desde que te has quedado sola, he notado que te ronda, que te mira, que te busca.
Sonia.– Yo no me he dado cuenta.
Rucia.– Ten cuidado, Sonia.
Sonia.– ¿Cuidado de qué?
Rucia.– Ten cuidado, que sería capaz de hacer...
Sonia.– No me gusta que me amenacen.
Rucia.– Ten cuidado.
Sonia.– ¡A mí nadie me amenaza!
Voz de Juanucho.– ¡Señorita Sonia!... Señorita Sonia...
Sonia.– ¿Qué hay?
Voz de Juanucho.– ¿Dónde está?
Sonia.– Acá. Por el lado del camino.
(Entran Juanucho *y* Landa. *Traen una luz.)*
Juanucho.– La señora Emperatriz me dijo que viniera a pedir unas ropas para el señor Landa.
Landa.– Me acaban de contratar como tony.
Sonia.– ¿Habló con el Capitán?
Landa.– La señora habló con él.
Sonia.– ¿Ve cómo mi consejo no era malo?
Landa.– Parece que tengo que debutar en la función de esta noche y me mandaron a verla para que me diera unas ropas que usted tiene.
Rucia.– ¡Deben ser las que el otro dejó en tu carro!
Sonia.– *(Enfrentándola.)* Está bueno, Rucia.
Rucia.– Anda, Juanucho, anda a ayudarla a traerlas.

*(*Sonia *y* Juanucho *salen.)*
Landa.– ¿Hijo suyo?
Rucia.– No tenemos hijos.
Landa.– ¿De quién es hijo entonces?
Rucia.– ¡Quién sabe! Un día llegó al circo. No se acordaba muy bien de dónde venía.
Landa.– ¿Y nadie ha venido a reclamarlo?
Rucia.– Nadie.
Landa.– Increíble.
Rucia.– ¿Qué cosa?
Landa.– Que alguien haya tenido un hijo, lo haya dejado irse, lo haya perdido así para siempre.
Rucia.– A muchos no les gusta tener hijos. Complican las cosas y, si no hay hijos, se tiene que trabajar menos. Usted ¿en qué trabaja?
Landa.– Voy a ser tony.
Rucia.– Pero antes...
Landa.– Fui de todo.
Rucia.– ¿Y?
Landa.– Después me agarraron las cosas. Pero pienso que si hubiera tenido un hijo, habría perseverado, y buscar no me habría resultado tan difícil, ¿me comprende?
Rucia.– ¿Buscar, qué?
Landa.– Lo que uno anda buscando.
Rucia.– Pero, ¿qué?
Landa.– Lo que se vio de repente. Algo que podría ser cierto para siempre.
Rucia.– No lo entiendo.
Landa.– Con un hijo, ¿ve? Los caminos parecerían mucho menos largos. Hay tanto que mostrar, tanto que darle mientras uno va buscando... A veces, los domingos, cuando voy a algún parque y veo pasar a un padre con su hijo, tomados de la mano, pienso que ésa es la mayor fuerza, la única verdadera pareja, el eslabón... Los veo alejarse por el camino o encumbrar un volantín o leer el diario y me digo que así este largo caminar sería mucho más llevadero. Y entonces eso que uno entrevió se podría compartir... Sí, yo se lo podría contar a mi hijo y él, en verdad, sería el único que me comprendería, porque sería como contármelo a mí mismo, a un yo más chico que me mirara con ojos idénticos a los míos, y que recibiría mi historia como un hecho cierto, algo que sería cierto para él, ¡para mí! *(Hay un silencio.)*
Rucia.– ¿Y quién no tiene un hijo?
Landa.– ¿Cómo?
Rucia.– ¿Quién se lo impide?
Landa.– Ya no.
Rucia.– ¿Por qué?
Landa.– Una vez estaba por casarme; pero después pasaron cosas. Ahora es como si ya fuera muy tarde.
Rucia.– ¿Se cree viejo? Si los hombres demoran mucho en ponerse viejos en esta clase de asuntos.
Landa.– No es eso.
Rucia.– ¿Qué entonces?
Landa.– No sé... Parece que todo me hubiera pasado por encima y que ya no tuviera fuerzas para nada. Solamente a veces, a ratos... entre la bruma a uno le parece ver esos ángeles.
Rucia.– *(Mirando con extrañeza.)* ¿Cuáles ángeles?
Landa.– Lo que uno anda buscando.
Rucia.– ¿Es eso lo que anda buscando? ¿Ángeles?
Landa.– ¿Y qué si no?
(Entran Sonia *y* Juanucho. *Traen ropas y una caja llena de pinturas.)*
Sonia.– Éstas son las cosas. Ojalá encuentre algo.
Landa.– Gracias.
Sonia.– Va a tener que apurarse. Falta poco para la función.
Rucia.– Sobre todo que parece que hoy día tendremos público.

Sonia.– ¿Hay entradas vendidas?
Rucia.– Ocho galerías, parece, y quince plateas.
Sonia.– ¡Quince plateas!
Rucia.– Vinieron los del fundo. Y trajeron unos amigos.
Sonia.– Ésos son los que vienen a entretenerse gritándonos cosas.
Rucia.– Entonces es mejor que se apure, oiga. El tony es el único que puede contestarles a esos pijes.
(Atraviesan por el fondo Barón y Barahona. *Visten uniformes de músicos descoloreados y llevan instrumentos en las manos.)*
Barón.– ¡Apurarse!
Barahona.– ¡Apurarse!
Barón.– La función ya va a comenzar.
Barahona.– Comenzar... *(Desaparecen.)*
Landa.– ¿Qué no son malabaristas?
Sonia.– Y los músicos también. Ya le dije que en este circo todos tienen que hacer más de una cosa.
Landa.– ¿Yo también?
Sonia.– El tony no alcanza a cambiarse de ropa. El tony es tony nomás.
Rucia.– Hasta más rato.
Voz de Capitán.– ¡Rucia! ¡Rucia!
Rucia.– *(Gritando.)* ¡Ya voy!
Sonia.– Vamos.
Rucia.– Es a mí a la que llaman.
*(*Sonia *no responde. Sale y a los pocos segundos la sigue la* Rucia. *Hay en la lejanía un ir y venir de personas, algunos ruidos, el afinar súbito de instrumentos y tal vez el rugido intermitente del león.)*
Landa.– ¿Y tú no tienes que trabajar?
Juanucho.– No, señor.
Landa.– ¿No haces ningún número?
Juanucho.– El Capitán trató de enseñarme; pero no pude aprender.
Landa.– ¿Qué cosa?
Juanucho.– Unas cuestiones con equilibrio; pero me caía siempre.
Landa.– Quizás habrías podido aprender otra cosa.
Juanucho.– No quiso.
Landa.– ¿Y qué haces entonces?
Juanucho.– Me tienen para los mandados.
Landa.– Mejor que te vayas para allá entonces.
Juanucho.– Al Capitán no le gusta verme durante la función. Dice que lo pongo nervioso. *(*Landa *comienza a buscar entre las ropas, inconscientemente tararea una canción –la que más tarde será la del pregón– mientras el niño sigue hablando.)* Me quedo acá cuidando al león mejor. ¿No ve que está enfermo? Hace días que está así... Se me hace que es porque lo tienen en la jaula.
Landa.– *(Poniéndose una chaqueta larga, se da vuelta hacia el niño.)* ¿Cómo me queda esta chaqueta?
Juanucho.– Se ve tan raro como con esa cuestión que tenía puesta cuando lo encontré.
Landa.– ¿La ropa del "cabezón"?
Juanucho.– Yo creí que era así.
Landa.– ¿Cómo?
Juanucho.– Así de verdad. Con la cabeza grande.
Landa.– Se me pone así. ¡Los domingos! Los sábados empieza a crecerme... y crece y crece hasta que agarro un sombrero. *(Toma un sombrero del montón.)* Me lo pongo y lo atravieso con un alfiler. ¡Así!
(Encuentra un largo alfiler y semeja enterrarlo en el sombrero con fuerza. Al mismo tiempo, en

pantomima, hace como si se desinflara. Juanucho *ríe espontáneamente, como lo haría cualquier niño frente a un tony. Envalentonado por esto,* Landa *comienza a agregar detalles a su vestimenta. No lejos se escucha la "banda" del circo. Al vestirse* Landa *realiza algunas pantomimas mientras el niño ríe y aplaude.)*

Landa.– No nos tenemos que demorar... ¡Eh, ayudante!

Juanucho.– Mande.

Landa.– ¿Dónde dejaste la caja con pinturas?

Juanucho.– Aquí está.

Landa.– Voy a hacerme una boca grande, colorada, ¿Habrá pintura colorada?

Juanucho.– Aquí.

Landa.– Con las puntas levantadas como si me estuviera riendo.

Juanucho.– El otro tony tenía una boca chica.

Landa.– Pero Landa la tendrá grande. Para hablar poco. *(Empieza a colocarse la pintura frente a un espejo que sostiene el niño, nuevamente tararea la melodía –el pregón– de pronto se detiene.)* ¿Qué es eso?

Juanucho.– ¿Qué?

Landa.– Eso que estaba cantando.

Juanucho.– Canción será.

Landa.– Sí, pero, ¿dónde la he escuchado antes? Pásame el negro.

Juanucho.– Aquí está.

Landa.– Me voy a pintar dos líneas negras bajo los ojos, como si hubiera llorado carbón... Y lo demás todo blanco... blanco...

Juanucho.– ¡Blanco!

Landa.– *(De pronto.)* ¡Era lo que ellos cantaban! Claro... *(Tararea la melodía.)* Eso era lo que cantaban.

Juanucho.– ¿Quiénes, señor Landa?

Landa.– Esos ángeles que entreví. Algún día te contaré.

Juanucho.– Si ya me lo contó hace un rato.

Landa.– ¿Te lo conté?

Juanucho.– Claro. Dijo que se le habían perdido y que los andaba buscando.

Voz de Capitán.– ¡Landa! ¡Landa! Ya vamos a empezar...

Landa.– ¡Voy!

(Poco a poco, a medida que transcurre la escena anterior, Landa *se ha ido metamorfoseando en tony. Y ahora cuando se yergue bajo la luz, habla con el tono alto y monocorde de un tony.)*

Landa.– ¡Señor Juanucho!

Juanucho.– Mande.

Landa.– ¡Le apuesto cinco pesos que no sabe en qué se parece un bombero a una naranja y a mi tía!

Juanucho.– ¿Una naranja... a un bombero y a mi tía?

Landa.– No, no, no... a *mi* tía.

Juanucho.– ¿A su tía? Este...

Landa.– A la una.

Juanucho.– ¿Un bombero?

Landa.– A las dos.

Juanucho.– ¿A una naranja?

Landa.– ¡Y a las tres! Perdió, señor, perdió, perdió... En que un bombero tiene casco y una naranja tiene cascos. ¿Ve? Perdió, perdió, perdió... .

Juanucho.– ¿Y su tía?

Landa.– Está bien, gracias. *(Ríe y de pronto con un gesto instintivo, traza sobre la mejilla del niño una línea con un pincel que tenía en la mano...)* Oye, cabro, ¿y si te transformara en tony?

Juanucho.– ¿A mí?

Landa.– ¡Sí! Un tony más chico... que me contestara. Podríamos trabajar juntos.

Juanucho.– El Capitán dice que no puedo aprender nada.
Landa.– Es que él no ha sabido enseñarte. ¿Te gustaría aprender?
Juanucho.– Sí, señor.
Landa.– Vas a tener que llamarme, señor Landa. Los tonies tienen nombre.
Juanucho.– *(Con algo de la entonación del tony en su voz.)* Sí, señor Landa.
Landa.– Ahora abre los ojos. ¡Y no te vayas a olvidar el tony que acabas de ver! Escoge ahí la chaqueta que tenía... *(El niño obedece y se pone una chaqueta.)* Y tenía una peluca, ¿no es cierto? *(El niño asiente. El hombre le coloca una.)* Y tenía una nariz... ¿cómo?
Juanucho.– Gorda. Como un botón de abrigo.
Landa.– *(Colocándole una nariz con un elástico.)* Como un botón de abrigo, señor Juanucho. ¿Y qué más? ¿Qué más?
Juanucho.– Un paraguas. De ésos que se abren y se dan vuelta.
Landa.– Un paraguas, señor Juanucho. ¡Dos paraguas! Uno para usted y otro para yo.
Juanucho.– *(Encontrando los paraguas.)* Uno para usted y otro para yo.
Landa.– ¿Y qué más? ¿Qué más?
Juanucho.– Guantes, señor Landa.
Landa.– ¡Claro! Guantes. Todo caballero bien educado se saca los guantes. *(Pausa.)*
(Cada uno se coloca un par de guantes. Los de Landa *son inmensos. Ahora los dos están de pie y se asemejan mucho.* Landa *ensaya algunos pasos dentro del círculo que desparrama la luz. El niño lo imita. Hay un corto tiempo de pantomima muda mientras, a lo lejos, la banda del circo sigue tocando.)*
Landa.– ¡Ve, señor Juanucho! ¡Ve! Hay poca luz aquí. A ver, señor Juanucho, agrande esa luz. Por favor.
Juanucho.– ¿Cómo, señor Landa?
Landa.– Tire el borde, pues. A ver, usted, señor Juanucho, tire de aquel borde y yo de éste.
(Se colocan en los bordes de la zona iluminada, se inclinan, parecen agarrar algo y tiran hacia atrás. Casi como por arte de magia, la zona de luz crece y el lugar se transforma en una verdadera pista de circo. El niño ríe de pronto, corre alrededor de la zona luminosa. Landa *lo imita. Hay en ambos la expectación de un sentimiento idéntico: la expectación que se produce ante un juego nuevo. En ese instante se escucha un redoble de tambor y ambos penetran en la pista, tal cual lo harían dos tonies en un circo.)*
Landa.– ¡Señor Juanucho!
Juanucho.– ¡Señor Landa!
Landa.– ¿Qué le parece que como el día está tan soleado y la luna está tan grande...
Juanucho.– Tan grande.
Landa.– ...¿Diéramos una vueltecita en bote?
Juanucho.– Mire, mal no me parece, señor Landa.
Landa.– Sobre todo que yo soy naútico.
Juanucho.– ¡Ah! Es naútico.
Landa.– Náutico, y tengo un áutico.
Juanucho.– Fantaústico entonces, señor Landa.
Landa.– Tenga cuidado, señor Juanucho, cuando se suba al bote.
Juanucho.– A la una...
Landa.– Salte largo.
Juanucho.– A las dos...
Landa.– Si no lo agarro.
Juanucho.– ¡Y a las tres!
Landa.– Muy bien, muy bien. Y ahora yo... A la una...
Juanucho.– Mi fortuna.
Landa.– A las dos.
Juanucho.– Un reloj.
Landa.– Y a las tr... Señor Juanucho, pase adelante y tenga cuidado.
(En verdad Landa *da un traspié y cae. Hay un ir y venir de los tonies tratando de subirse al bote*

y cayéndose el uno mientras el otro se sujeta. Pantomima. Por último, ambos quedan instalados como si estuvieran en un bote. Reman con los paraguas.)

Landa.– Y adónde le gustaría ir, señor Juanucho.

Juanucho.– *(Olvidándose de su papel de tony.)* Al mar.

Landa.– Hacia allá vamos entonces. ¿Has estado alguna vez?

Juanucho.– ¿Cómo es?

Landa.– Grande. Verde en el día. Con olas y espuma que vuela por encima. *(Retomando el papel del tony.)* Siga remando, señor Juanucho. Mire que el camino es largo y el Paraíso queda lejos.

Juanucho.– ¿Allá vamos?

Landa.– Allá parece. *(Pero pronto pierde su voz de tony. Parece recordar.)* Parece que allá están todos los tesoros que la Tierra en otro tiempo tuvo.

Voz de Capitán.– ¡Landa! Adónde se ha metido, carajo. La función ya va a empezar.

Landa.– *(Irguiéndose mientras la luz vuelve a su antigua superficie y ahora se distinguen nuevamente los contornos del circo.)* Voy... *(Luego se vuelve a* Juanucho.*)* Vamos.

Juanucho.– ¿Conmigo?

Landa.– *(Con la voz del tony.)* Claro que sí, señor Juanucho. Con usted.

(Extiende su mano. El niño titubea durante algunos segundos y termina extendiendo la suya. En ese instante, la "banda" ataca una típica marcha de circo y se escuchan los aplausos y los silbidos con que se inician las funciones de los circos pobres. El hombre y el niño avanzan hacia el lugar donde se divisan los resplandores del circo.)

SEGUNDA PARTE

*(*Emperatriz *está sola escuchando los ruidos que provienen de la carpa. Se oyen los compases de una marcha que de pronto interrumpe un pitazo.)*

Voz de Capitán.– El Circo Internacional ha tenido el placer de presentarles su sensacional espectáculo con artistas de fama mundial... Madame Cleopatra venida de Egipto a revelarles su futuro *(aplausos)* ...la extraordinaria trapecista contratada especialmente por la Empresa del Circo Internacional, la señorita Sonia... *(redoble de tambores, aplausos)* ...los célebres malabaristas Barón y Barahona *(aplausos)* ...y sus amigos de siempre... el señor Landa... y el señor Juanucho *(aplausos, silbidos, redoble de tambores.)* Con esta función el Circo Internacional se despide de los habitantes de La Calavera, recordándoles que regresará el próximo año con nuevos artistas y números de categoría...

(Vuelve a escucharse la marcha. Nuevos aplausos. Silbidos. Pocos segundos después aparece Juanucho *siempre vestido de tony. Da una voltereta y se encuentra frente a frente a* Emperatriz*; se detiene como temeroso. La mujer extiende sus brazos hacia él, lo hace avanzar y lo besa en la frente como si lo estuviera coronando.)*

Emperatriz.– Doménico habría estado orgulloso de ti. Él sabía reconocer a los artistas.

(En ese instante empiezan a aparecer los otros artistas. Rodean al niño y lo felicitan.)

Landa.– No ve, señor Juanucho, no ve como podía hacerlo.

Sonia.– Muy bien, Juanucho.

Rucia.– ¡Quién lo iba a decir!

Barón.– Y toda esa gracia que la tenía escondida, ¿ah?

Juanucho.– No sé yo...

Barahona.– ¿Cómo es que no lo habías dicho?

Juanucho.– No sé yo...

Sonia.– ¡Ahora hay que felicitarlo! Si hasta a mí me hizo reír...

Todos.– Sí... sí... ¡Hay que felicitarlo! ¡Muy bien, Juanucho!

Capitán.– *(A* Landa.*)* Parece que fue usted quién le enseñó al chiquillo.

Landa.– Lo ayudé a vestirse, nomás. Lo demás lo hizo solo.
Capitán.– Salió bien gallo entonces.
Landa.– Así parece.
Capitán.– Nunca pensé que este cabro tuviera condiciones para tony.
Landa.– Ahora si usted quiere podemos ensayar algunos números juntos.
Capitán.– ¿Se piensa quedar?
Landa.– A menos que haya algún inconveniente.
Capitán.– La plata es el único inconveniente.
Landa.– Le haremos empeño durante algún tiempo.
Capitán.– Usted sabrá... Por mí, que se quede. Un circo no es circo sin tony.
Landa.– Y con este número, a lo mejor se arregla la situación.
Capitán.– Nunca se sabe... Lo que es yo, ni pensé que el chiquillo tuviera condiciones.
Emperatriz.– Es un artista, Capitán.
Capitán.– Así debe ser.
Emperatriz.– Y los artistas tienen condiciones para todo.
Capitán.– Es lo que dicen.
Emperatriz.– Y tú debieras poder reconocerlas, Capitán. Con los años de circo que llevas...
Capitán.– Mire, señora, no estoy con ánimo de pelea esta noche.
Emperatriz.– No estoy peleando.
Capitán.– Pero desde esta tarde me anda buscando. No se vaya a encontrar conmigo nomás.
Emperatriz.– No sería la primera vez.
Capitán.– *(Sin escuchar lo que ella dice.)* Esta noche hay que celebrar el triunfo. ¿Qué le parece, Landa? ¿Nos vamos a tomar un par de tragos?
Rucia.– No se te olvide que tiene mala cabeza.
Capitán.– Para eso estoy yo.
Rucia.– ¡Cómo si la tuvieras tan buena!
Capitán.– Puchas que está pesada la atmósfera. Ni siquiera se ponen contentos con los aplausos. ¿Cuándo los habían aplaudido como hoy? Sean agradecidos al menos. ¿Qué dicen ustedes? ¿No están contentos?
Barón.– Muy contentos.
Barahona.– A lo mejor con esto se arreglan las cosas.
Sonia.– ¿Y por dónde?
Capitán.– Por donde menos uno piensa, pues. Pero mejor me voy... si no hasta las ganas de tomar un trago se me van a quitar. Vamos, Landa.
Landa.– Ya voy. Tengo que sacarme estas cuestiones antes. *(*Barón *y* Barahona *han salido.)*
Capitán.– No se demore. *(Al iniciar su mutis, se detiene un instante junto a* Sonia.*)* Te espero adonde mismo.
Sonia.– No voy a ir.
Capitán.– ¿Qué es lo que te pasa ahora?
Sonia.– No me gusta andar sola por caminos.
Capitán.– Lleva al chiquillo entonces. Como anoche.
Sonia.– No...
Capitán.– Y bueno también...
(Sale. La Rucia *ha sorprendido la escena desde la distancia.)*
Emperatriz.– Ven, Juanucho.
Landa.– Yo creo que entre los dos podemos tener un buen número, ¿no le parece?
Emperatriz.– Claro que sí. Le pediremos a Barón y Barahona que le enseñen algunos trucos. Los tonies tienen destreza. ¿No es así, Barón? *(Los busca.)* ¿Se fueron?
Rucia.– *(Acercándose a Sonia.)* ¿Qué te dijo?
Sonia.– ¿Quién?
Rucia.– ¿Quién había de ser?
Sonia.– Nada, Rucia.
Rucia.– Pero te habló.

Sonia.– Sí. Me habló.
Rucia.– ¿Qué te dijo?
Sonia.– Algo de mi número. Cosas que no te importan.
Rucia.– *(Con una súbita violencia.)* Mira, Sonia... Te aseguro que si...
Emperatriz.– ¿Qué es lo que pasa?
Sonia.– Nada.
Emperatriz.– ¿Por qué están gritando entonces?
Rucia.– ¡Por nada. Por nada! Y déjame tranquila. Quiero que todos me dejen tranquila. *(Sale.)*
Emperatriz.– Ésa anda con la sangre envenenada.
Landa.– Así pareciera.
Emperatriz.– Y tengo la impresión que esto no va a terminar en nada bueno.
Sonia.– Yo no tengo la culpa.
Emperatriz.– ¿He dicho algo?
Sonia.– ¿Por qué me mira entonces?
Emperatriz.– Miro adonde me da la gana. ¿Dónde se metieron Barón y Barahona? Saben que me gusta conversar con ellos después de la función. Sonia... ¿Adónde vas?
Sonia.– A mi carro.
Emperatriz.– Si los ves, diles que los estoy esperando *(*Sonia *sale.)* ¿Le molesta que me quede aquí?
Landa.– ¿Por qué habría de molestarme?
*(*Juanucho *ha ido a buscar unos recipientes con agua y ahora ambos proceden a sacarse el maquillaje. Esta operación se prolonga a través de la escena siguiente y en todo momento el niño copia los gestos del hombre.)*
Emperatriz.– No me gusta quedarme sola a esta hora.
Landa.– Acompáñenos entonces. *(A* Juanucho.*)* Por qué habría de molestarnos, ¿no es cierto, Juanucho? Espera... primero te pones esta crema... un poco, eso es, y la refriegas bien...
Emperatriz.– Cuando acaba de terminar la función, hay como una especie de vacío, ¿no le parece?
Landa.– Es el silencio. Después de los aplausos.
Emperatriz.– Es como una "solicitude". Por eso me gusta estar con Barón y Barahona. Los miro mientras ensayan sus ejercicios...
Landa.– Como esta tarde...
Emperatriz.– Y me da una tranquilidad... Es como si una pudiera mirar el mundo desde lejos, ¿sabe? Mirarlo desde arriba, girando entre los otros planetas en vez de estar metida adentro.
Landa.– *(A* Juanucho.*)* No, con ese trapo no, Juanucho. Así, ¿ves? Suave...
Emperatriz.– Usted sabe lo que es eso, ¿no es cierto?
Landa.– ¿Qué?
Emperatriz.– Mirar las cosas desde una altura. Sí, usted tiene que saberlo.
Landa.– ¿Por qué?
Emperatriz.– Ya se lo dije antes: tiene algo en la mirada, lo mismo que tenía Doménico, la mirada del que ha vivido un momento en esa región de la que le hablo. ¿Es verdad no es cierto?
Landa.– No sé, señora.
Emperatriz.– Y dicen que desde esa altura, todo se ve ordenado, limpio, perfecto, tranquilo.
Landa.– ¿Usted lo ha visto?
Emperatriz.– No. Pero Doménico me contó. Él lo vio una vez llegando a ese puerto, de noche, con todas esas luces y el mar como una sombra... ¡La val del Paradiso!... Por eso siempre quería volver. Por eso siempre estaba yendo y viniendo.
Landa.– ¿Y usted?
Emperatriz.– Yo lo acompañaba. Tal vez eso entorpecía su búsqueda.
Landa.– ¿Cómo así?
Emperatriz.– Porque yo permanecía acá abajo, ¿comprende? Yo en todo momento le recordaba lo que había acá, el desorden, el caos y la visión se le nublaba y el mundo llegaba a ser lo que es para todos nosotros: un planeta arrojado al azar en el cual debemos permanecer.

Landa.– Y usted cree que desde esa altura todo adquiere sentido.

Emperatriz.– Claro que sí. Los caminos se ordenan. Cortan los campos en espacios regulares y las montañas se engarzan como eslabones de una cadena y todo va a desembocar en un mar que, desde allá arriba, no tiene ni ruido ni oleaje sino que es como un cielo, aún más quieto que el cielo, más profundo y más definitivo.

Landa.– ¿Y las personas?

Emperatriz.– Allá arriba uno está solo, Landa. Por lo menos eso es lo que dicen.

Landa.– Y no se ve a nadie.

Emperatriz.– A nadie.

Landa.– Yo estoy cansado de estar solo. De andar solo. De buscar solo. *(Hunde de pronto su rostro en la vasija de agua y* Juanucho *lo imita. Ambos permanecen con los rostros chorreando agua, muy inmóviles, mientras* Landa *sigue hablando.)* Es... ¿Cómo explicarle? Me parece que con tanto andar de un lado a otro, he perdido algo y no he encontrado nada. ¿Cómo explicarle? Como si se me hubiera escapado lo que las cosas son. Lo que la vida en verdad esconde. Pienso... pienso que siempre he mirado desde una altura, como usted dice, y nunca he llegado a comprender lo que sucede entre los demás... acá abajo... ¿Cómo explicarle? Esta tarde cuando llegué acá y los vi a ustedes, me pareció que después de mucho tiempo veía cosas reales... cosas que en realidad sucedían, que estaban ahí frente a mí, que podía encontrar y tocar. Todo lo otro es algo que ha estado dentro de mi cabeza durante mucho tiempo, girando ahí, haciéndose cada vez más vago... más impreciso. Ahora quiero vivir con ustedes.

Emperatriz.– Landa...

Landa.– *(Interrumpiendo.)* No, señora. Quiero vivir aquí. Trabajar aquí. Seguir con ustedes. Salir a tomar con el Capitán. Enseñarle a Juanucho. Volver a ser como era antes.

Emperatriz.– ¿Antes?

Landa.– Antes que me agarraran las cosas. Antes que me sucediera lo que me sucedió.

Emperatriz.– ¿El amor?

Landa.– Sí, me enamoré. *(Súbitamente.)* Una vez estuve por casarme.

Emperatriz.– ¿Y?

Landa.– No me casé.

Emperatriz.– ¿Y siempre siguió enamorado?

Landa.– ...nunca volví a ser el mismo.

Emperatriz.– No se engañe Landa. No le eche la culpa a nadie, ni siquiera al amor. Usted nunca fue como los demás. Estoy segura que de niño también subía a la cima de las montañas y miraba desde allí.

Landa.– Es cierto.

Emperatriz.– Y la mirada siempre iba dirigida hacia el horizonte. Y en las noches salía a caminar solo. O hablaba en voz alta y algo dentro de usted mismo le contestaba.

Landa.– ¿Cómo lo sabe?

Emperatriz.– Cuando uno ha querido a un hombre como yo quise a Doménico, Landa, la vida de ese hombre llega a ser la de una.

Landa.– *(Dándose vuelta hacia* Juanucho.*)* Ahora hay que secarse la cara, Juanucho. Con este paño... así...

Emperatriz.– No... no se engañe. Pareciera que entre los hombres hay dos razas: los que están detenidos y los que buscan. Nacen así y así se quedan.

Landa.– Nosotros vamos a detenernos, ¿no es cierto, Juanucho? *(Súbitamente con voz de tony.)* ¡Señor Juanucho!

Juanucho.– ¡Señor Landa!

Landa.– Deme su mano.

Juanucho.– ¿Cuál mano?

Landa.– La que tenga cinco dedos.

Juanucho.– Esta entonces.

Landa.– *(Agarrándole la mano.)* ¿Ve cómo estoy anclado, señora? ¿Ve? No me puedo mover...

(Entra el Capitán.*)*
Capitán.– ¿Estamos listos?
Landa.– Listos. Una última enjuagada... *(Hunde las manos en la palangana, se lava el rostro.)* ¡Brrr!
Juanucho.– *(Imitándolo.)* ¡Brrr!
Capitán.– Voy a darle un vistazo al león antes...
Landa.– Vamos... *(Viendo que el niño lo sigue.)* ¡Épale! Tú te quedas acá, Juanucho. Estas cosas todavía no son para ti. Sácate esa ropa y ándate a la cama. Mañana me despiertas a primera hora para que ensayemos otros números... ¿ah?
Juanucho.– Muy bien, señor Landa.
(El Capitán *ya ha salido y en el momento en que* Landa *inicia el mutis,* Emperatriz *lo detiene.)*
Emperatriz.– Landa...
Landa.– Dígame.
Emperatriz.– No vaya.
Landa.– ¿Cómo?
Emperatriz.– No vaya le digo. No salga con el Capitán.
Landa.– ¿Por qué?
Emperatriz.– Siga su camino. No se quede con nosotros.
Landa.– Pero si usted me contrató.
Emperatriz.– Ahora le pido que se vaya.
Landa.– ¿No le gustó lo que hicimos?
Emperatriz.– No es por eso.
Landa.– Entonces...
Emperatriz.– No tiene nada que ver con eso.
Landa.– No le entiendo.
Emperatriz.– Váyase antes que sea tarde.
Voz de Capitán.– ¡Landa!... ¡Landa!...
Landa.– Me llaman.
Emperatriz.– No vaya.
Landa.– Déjeme decidir a mí, señora.
Emperatriz.– Landa...
Voz de Capitán.– ¿En qué se quedó?
Landa.– Voy, voy.
(Sale. Se escucha desde ya la canción "La paloma negra" con que se inicia el cuadro siguiente.)
Emperatriz.– Landa... ¡Ah! si pudiera levantarme de aquí, lo agarraría y... ¡Landa! ¡Landa! *(La mujer permanece silenciosa algunos segundos y luego mira al niño.)* Tal vez tú pudieras haberlo detenido... Mira, todavía tienes pintura en la cara. *(Toma el trapo que el niño guarda entre las manos y le limpia el rostro.)* Cuando se dé cuenta que debiera haber seguido ya será demasiado tarde... ¡Qué sordo! Sordo, sordo... El mundo es sordo y descoyuntado y confuso... ¿Por qué no querrá salir esta mancha?... ¿Y por qué seguimos en él entonces? ¿Por qué nos aferramos a él? ¿Dónde está esa esperanza que nos obliga a quedarnos?... ¿Dónde? *(Mira al niño.)* ¿En ti? ¿En uno tal vez? ¿En cada uno? Algo como un recuerdo antiguo, como algo que se perdió hace tiempo... una nostalgia, eso es lo que viene a ser la esperanza: una especie de nostalgia.
(Ahora la canción se hace más intensa y las luces disminuyen sobre Emperatriz *y* Juanucho. *Vemos entonces algunas mesas en otro rincón del escenario y algunas sillas: es la canción de las tres* Marías. María Luisa *y* María Clara *están sentadas esperando mientras* Marita *canta con voz desabrida.)*
Marita.– *(Cantando.)* El día en que la vimos
La paloma negra, negra
Era amor lo que creímos
Que en sus alas nos traía.
Ay, amor, tan engañoso
Tan cruel y doloroso.
No era amor lo que traía

La paloma negra, negra
Sino sombra suspendida
De otro mundo que el olvido
Ay, amor, tan... etc.
En la noche que esparcía
La paloma negra, negra
El amor se nos moría
Y el olvido se quedaba.
Ay, amor, tan... etc.

(Al comenzar la tercera estrofa, aparecen el Capitán *y* Landa. *El* Capitán *se ha colocado la cabeza del "cabezón" y la canción se interrumpe.)*

MARÍA LUISA.– ¡Ave María Purísima!

MARITA.– Sin pecado concebida.

CAPITÁN.– *(Lanza una inmensa risotada.)* ¡Ah! ¿Se asustaron las diablitas, no? *(Se saca la cabeza.)* No le decía, Landa, que con esta cabeza nos iban a recibir bien.

MARÍA LUISA.– ¡Miren el chistoso!

MARÍA CLARA.– Él tenía que ser, pues.

MARÍA LUISA.– Ya llegó a molestar de nuevo.

LANDA.– No me parece que nos reciben bien.

CAPITÁN.– No les hagas caso. Les gusta quejarse.

MARÍA CLARA.– Ya pues, ya pues, guarde las manos tranquilas.

CAPITÁN.– ¿Qué no le gusta que la saluden?

MARÍA CLARA.– A mí nadie me saluda así.

CAPITÁN.– Voy a tener que enseñarle entonces. *(A* Landa.*)* Alléguese una silla, compañero. ¿Qué se sirve?

LANDA.– Una caña será.

CAPITÁN.– Dos entonces. A ver usted, mi hijita si nos canta algo.

MARITA.– *(Iniciando el estribillo.)* Ay, amor, tan engañoso. Tan cruel y doloroso...

CAPITÁN.– *(Imitando.)* Ay, amor, tan engañoso... ¿No saben hablar más que de amor las lesas?

MARITA.– ¿Y de qué si no?

CAPITÁN.– ¡Qué sé yo! De todas las otras cuestiones que lo joden a uno.

MARÍA CLARA.– ¡Mírenlo! Cualquiera diría que está jodido.

MARÍA LUISA.– No le hables mejor, Clarita.

CAPITÁN.– ¿Y por qué no habría de hablarme si tiene ganas? Para eso pago.

MARÍA LUISA.– Paga para el trago y nada más.

CAPITÁN.– ¡Ya! No se me bote a regodiona.

MARÍA LUISA.– Si quiere lo demás, pague además.

CAPITÁN.– ¡Ah! ¿Así que también tengo que pagar la compañía? Si vengo acá es porque necesito compañía. Si no, tomaría solo.

MARÍA LUISA.– ¿Y quién se lo impide?

CAPITÁN.– ¿Y quién se lo impide? Mira que te...

MARÍA CLARA.– Ya, ya, ya... Se acabaron las peleas. Cántanos otra cosa, Marita

CAPITÁN.– Pero que no sea con esa cuestión del amor.

MARITA.– No sé ningún canto que no sea de amor.

CAPITÁN.– Ya me tiene cabreado con eso. Que el amor para acá, que el amor para allá. El amor se guarda entre las piernas, mi hijita. Y mientras menos se hable de él, mejor.

MARÍA LUISA.– ¡Grosero!

CAPITÁN.– ¡Y deme otra caña! Y tráigase una para el compañero también.

LANDA.– Todavía no termino ésta.

CAPITÁN.– ¿Y qué lo está demorando?

MARÍA LUISA.– No le sirvas más, Clarita.

CAPITÁN.– Mire usted, métase en lo que le importa, ¿ah?

MARÍA CLARA.– *(Mujer de negocios.)* Uno más, María Luisa. Uno más no puede hacerle mal.

Marita.– Sé una que no es de amor. Trata de la muerte... Ay, pero también parece que fuera amor, porque es una niña que se muere, pero se muere porque se enamora.

Capitán.– Lo mismo nomás, mi hijita. ¿Que no ve que todas las canciones fueron escritas por tipos que se lo pasan soñando con el amor en vez de hacerlo?

María Clara.– Por algo son "podetas".

Capitán.– ¡"Podetas"! Capados, eso es lo que son.

María Clara.– Aquí está la caña y quédese callado mejor.

Capitán.– ¿No ve que el mundo está dividido entre los que pueden y los que no pueden? Los que pueden, hacen. Y los que no pueden, hablan y hablan.

Marita.– Pero hablan bonito.

Capitán.– Claro.

Marita.– A mí me gustan los "podetas". Una vez vino uno acá.

Capitán.– ¿Y se quedó a pasar la noche contigo?

Marita.– No se quedó nada.

Capitán.– ¿No ve, pues?

Marita.– Pero me enseñó esta canción, la de la paloma negra. *(Pausa.)* Era muy flaco y tenía como agua en los ojos.

Capitán.– ¡La mirada aguada entonces! En cambio, yo los tengo de fuego. Alléguese, mi hijita, y míremela.

María Luisa.– No te acerques, Marita. No tienes por qué acercarte.

Capitán.– Y si se le antoja, ¿ah? Si tiene ganas...

María Clara.– Mire si ha venido a buscar camorra, lo mejor es que se vaya. No nos gusta la pelotera.

Capitán.– Pero a mí me gusta sacarles pica. Parece que el vino tuviera más gusto así.

María Luisa.– ¡Mírenlo, pues! Se cree que la entretención es gratis.

Capitán.– Salud, compañero.

Landa.– ¡Salud!

Capitán.– Apúrese con ésa para que le echemos una probada a otra.

Landa.– Ya sabe que no tengo muy buena cabeza.

Capitán.– Para eso la dejó en el suelo, pues. *(Muestra la cabeza del "Cabezón" y lanza una risotada.)* Fue re bueno traerla. ¿No vio cómo se asustaron? El miedo les hace bien a las mujeres.

Landa.– ¿Cómo así?

Capitán.– Las erizan y se esponjan como gallinas cuando ven al gallo.

Landa.– ¿Y?

Capitán.– Y así están más preparadas para recibirnos.

Landa.– Así debe ser.

Capitán.– Más adelante les hacemos un empeñito, ¿ah? ¿Está listo para el otro?

Landa.– ¡Listo!

Capitán.– ¡Clarita!... Lo mismo. *(A* Landa.*)* A ver si con éste se le espanta la pena.

Landa.– ¿Cuál?

Capitán.– La que parece que tiene. Ojalá no sea de amor. Ésas son las más duras de aguantar. *(A* Clarita, *que trae los tragos.)* ¿No es cierto, mi hijita? El amor, compañero, es una jodienda y mientras más lejos lo maneje, mejor.

Landa.– *(Ya un poco borracho.)* Una vez... me enamoré. O por lo menos creí que... no sé.

Capitán.– ¿Qué pasó?

Landa.– Me iba a casar y toda la cuestión.

Capitán.– ¿Y?

Landa.– Fue cuando estudiaba.

Capitán.– Bueno, ¿y qué pasó?

Landa.– Cosas.

(Entran Barón *y* Barahona.*)*

Barón y Barahona.– *(Juntos.)* Buenas noches.

María Luisa.– ¡Buenas noches! Adelante. Pasen, pasen.

CAPITÁN.– ¡Miren los aparecidos! Ni los sabía amigos de las cantinas.
BARÓN.– Nos gusta tomar un trago. A veces.
BARAHONA.– A veces. Sí.
CAPITÁN.– Adelante entonces. Tomen asiento. Aquí la cosa está que se pudre de aburrida. A ver, Marita, cánteles algo a los recién llegados.
MARITA.– Es que estoy tratando de acordarme de algún canto que no sea de amor.
MARÍA CLARA.– ¿Qué se sirven?
CAPITÁN.– *(Viendo que los hombres se van a sentar en otra mesa.)* Pero, ¿adónde van? Vénganse para acá.
BARÓN.– Gracias. Acá estamos de lo más bien.
CAPITÁN.– No nos van a despreciar.
MARÍA LUISA.– Déjenlos sentarse a donde quieran.
CAPITÁN.– Usted no se meta en lo que no le importa.
MARÍA CLARA.– *(Con voz más alta.)* ¿Qué se sirven?
BARÓN.– Una pílsener, por favor
BARAHONA.– Una pílsener para mí también.
(Se sientan en una mesa un poco más alejada de las demás y permanecen como espectadores durante gran parte de la escena.)
CAPITÁN.– No andamos con suerte esta noche, compañero. Ahora nos desprecian.
LANDA.– Una vez quise casarme.
CAPITÁN.– Claro que sí. A todos nos pasa. Nos entra el comidillo y... A ver, Clarita, tráigase dos cañitas más.
MARÍA CLARA.– ¿Qué no ve que estoy ocupada con las pílsener de los caballeros?
LANDA.– ¿No sería mejor que me fuera?
CAPITÁN.– ¿Y adónde se va a ir ahora? No será detrás de su novia.
LANDA.– La quería mucho.
CAPITÁN.– Capaz que ahora la encuentre toda chuñusca.
LANDA.– Siempre la imaginaba vestida de blanco. Casi no me atrevía a tocarla.
CAPITÁN.– ¿Y?
LANDA.– Se casó con otro. Con un amigo.
CAPITÁN.– ¡De seguro con uno que se atrevió a tocarla!
(Hay un pequeño silencio. Marita *de pronto canta.)*
MARITA.– *(Cantando.)* Hay tortas de miel y hojuelas
Hay dulces de pura azúcar...
(Pero antes de que haya podido terminar, la interrumpe una carcajada del Capitán.*)*
CAPITÁN.– No ponga esa cara, amigo. Son cosas que pasan... *(A* María Clara.*)* ¿Y en qué quedó el trago?
MARÍA CLARA.– Ya va, ya va. No soy nada rayo.
CAPITÁN.– Ya está protestando de nuevo. En eso se lo pasan. *(Súbitamente se encoleriza.)* ¡Y me voy a cabrear también! *(Golpea sobre la mesa.)* ¿Dónde está el trago?
MARÍA CLARA.– Puchas que es apurón, oiga.
MARITA.– Yo te voy a ayudar, Clarita.
MARÍA LUISA.– Déjela tranquila. *(Enfrenta a los hombres.)* Al que no le gusta cómo se atiende aquí se va a otra parte.
CAPITÁN.– ¡Como si hubiera tantas!
MARÍA CLARA.– *(Colocando los vasos sobre la mesa.)* Aquí está. Y no hable más, oiga.
CAPITÁN.– ¡Salud, pues!
LANDA.– Salud...
CAPITÁN.– No está nada de malo, ¿no es cierto? Por estos lados tienen buen vino.
LANDA.– ¡Qué falta me hacía un trago!
CAPITÁN.– *(Irónico.)* Porque hace tanto que no toma, pues.
LANDA.– Así es.
CAPITÁN.– ¡Épale! No se olvide que yo lo encontré esta tarde.
LANDA.– Fue Juanucho quien me encontró.

Capitán.– También es cierto. ¡Salud por el cabro! Harto diablo que salió.
Landa.– Salud... Dicen que el chiquillo es solo, ¿ah?
Capitán.– ¿Cómo así?
Landa.– Bueno, que no tiene a nadie.
Capitán.– ¿Lo quiere pa' usted? ¡Lléveselo! Y así se une al circo y se queda con nosotros para siempre... ¿Ah? ¿Qué me dice? ¡Salud entonces! Tráigase dos cañitas más, Clarita. *(Mostrando lo que queda de vino.)* No es nada de malo, ¿no es cierto?
Landa.– Es bueno.
Capitán.– ¡Miren el compañero Landa! Si ya tiene otra cara. Parece que le faltan sus traguitos, ¿ah?
Barón.– *(Llamando.)* Señorita...
Capitán.– ¡Puchas que es bien educado, oiga!
María Clara.– Así da gusto servir.
Barón.– Otra pílsener, por favor.
Barahona.– Para mí lo mismo.
María Luisa.– Yo los atenderé caballeros. Y tú ocúpate de ese par que ya me están aburriendo.
Capitán.– *(A* Marita.*)* Cántenos algo, mi hijita. ¿No ve que el caballero acá *(mostrando a* Landa*)* como dicen en la mesa del fondo, es nuevo por estos lados y hay que festejarlo?
Landa.– Tal vez debería seguir, ¿no?
Capitán.– ¿Dónde?
Landa.– Seguir. No quedarme acá. Tal como me lo recomendó...
Capitán.– ¿Quién?
Landa.– La señora Emperatriz.
Capitán.– No se meta con ella, oiga. Quiere que le dé un consejo de amigo: métase lo menos posible con ella. Es enredadora y se lo pasa hablando.
Landa.– ¿Usted cree?
Capitán.– Si se lo digo es por algo, pues.
Landa.– Que usted y ella...
Capitán.– No pregunte tanto, compañero, y tómese otro trago.
Landa.– A lo mejor... tiene razón.
María Clara.– Aquí están los tragos.
Capitán.– ¡Salud!
Landa.– *(Bebe y de inmediato se ve que el licor le hace efecto.)* Lo cierto es que...
Capitán.– ¿Qué?
Landa.– ¿Qué iba a decirles?
Capitán.– Cómo voy a saberlo yo, pues, compañero.
Landa.– Lo cierto es que no está nada de malo... no, ya me acordé. Lo que quería decirles es que tengo que seguir, porque tengo que encontrar algo.
Capitán.– ¡Y qué va a encontrar fuera de aquí! Aquí está todo lo que uno puede encontrar en esta tierra. Eche una mirada: una pieza redonda como dicen que es el mundo. Trago, comida si quiere y las Tres Marías. Una para cada edad, una para cada gusto. ¿Qué más puede pedir? ¡Ah, sí! Música tal vez. ¿Por qué no nos canta algo, Marita? Pero fuera de todo esto, ¿qué más se puede buscar? Plata para comprar el trago y la música y las tres Marías. ¿No será plata lo que anda buscando?
Landa.– Es algo que vi.
Capitán.– ¡Algo con polleras!
Landa.– En este mismo camino. Hace tiempo.
Capitán.– ¿La novia? Pero no me dijo que se había casado con su amigo.
Landa.– Algo que tengo que encontrar antes que sea tarde.
Capitán.– Si fue hace tiempo a lo mejor lo acepta de nuevo.
Landa.– Tengo que encontrarlo antes de morirme.
Capitán.– No, pues, compañero. Aquí no se viene a hablar de esas cosas. Mire que ponerse a difariar sobre la muerte. Vamos a ver si alegramos esto un poco.
(Se levanta y va donde Marita. *Le pide que cante algo. Y luego sigue donde* María Luisa *que está*

ocupada con Barón *y* Barahona. Landa *continúa bebiendo. De pronto* Marita *comienza a cantar el pregón con voz muy aguda, casi como si lo estuviera entonando al aire. La canción tiene una cualidad sobrenatural.)*

MARITA.– *(Cantando.)* Hay tortas de miel y hojuelas.
Hay dulces de pura azúcar.
Los empolvadooooooos...!

*(*Landa *al escucharla alza la cabeza y demora algunos segundos en descubrir de dónde proviene la canción. Mientras tanto el* Capitán *conversa con* María Luisa.*)*

MARÍA LUISA.– ¿Y qué es lo que quiere ahora?

CAPITÁN.– Le venía a pedir... no se me ponga arisca antes que le hable, pues... le venía a pedir que pusiera la vitrola y echáramos un bailecito.

MARÍA LUISA.– Ésta no es casa de fiestas.

CAPITÁN.– ¿Ah, no? ¿Y cómo se llama entonces? Un bailecito no puede hacerle mal a nadie.

MARÍA LUISA.– ¿Anda con plata?

CAPITÁN.– Algo me queda.

MARÍA LUISA.– Estas cosas cuestan caras.

CAPITÁN.– Cuestión de cerrar las puertas nomás, mi hijita, y armamos la fiesta.

BARÓN.– Señorita...

CAPITÁN.– ¿Qué no ve, Barón, que estamos platicando?

BARÓN.– Disculpe. Hable no más. No tenemos apuro.

BARAHONA.– No tenemos ningún apuro.

(La conversación entre el Capitán *y* María Luisa *se hace inaudible.)*

LANDA.– *(A* Marita.*)* ¿Qué es eso?

MARITA.– Un pregón.

LANDA.– ¿Dónde lo aprendió?

CAPITÁN.– *(Yendo hacia* Landa.*)* Oiga, compañero, estoy a punto de llegar a un arreglo con la dueña; pero me hacen falta algunos pesos. ¿Usted anda con algo?

LANDA.– ¿Cómo dice?

CAPITÁN.– Para armar una fiesta, pues. Esta noche todos la necesitamos.

LANDA.– No tengo un cobre.

CAPITÁN.– *(Volviéndose hacia* Barón *y* Barahona.*)* Entonces ustedes van a tener que completar la suma.

BARÓN.– Nosotros estamos por irnos.

CAPITÁN.– Se quedan, pues. Y así somos más para la fiesta. Mientras más, mejor. A ver, Clarita, ¡tráigase un par de pílsener para los caballeros!

BARAHONA.– Gracias. Nunca tomamos más de dos.

CAPITÁN.– ¡Pero hoy día van a tomar! *(Golpea la mesa. Su actitud, aun cuando conserva cierta dosis de broma, es amenazante.)* Siéntense y veamos cómo se van arreglando las cosas...

*(*María Luisa *sirve las pílsener a* Barón *y* Barahona. *Le trae más vino al* Capitán. *Ella misma se ve más alegre, súbitamente contenta con la idea de remolienda.* Landa *se acerca a* Marita *que sigue cantando.)*

LANDA.– ¿Dónde aprendió ese pregón?

MARITA.– Me lo enseñó mi tía. Vivía con ella antes de venirme a trabajar con mis hermanas. Ella iba a vender dulces a la estación.

LANDA.– Claro... un andén largo con una pared color tierra detrás.

MARITA.– Sí, así era.

LANDA.– Y llegaban todas vestidas de blanco.

MARITA.– Y salían al andén cuando venía el tren.

LANDA.– Con unas tocas blancas en la cabeza.

MARITA.– *(Entonando.)* Hay tortas de miel y hojuelas.
Hay dulces de pura azúcar.
Los empolvadooooooos...!

LANDA.– Creo que en las tardes los escuchábamos. Salíamos a caminar, tomados de la mano y oíamos esos cantos y no sabíamos de dónde venían. Y ella conoció a mi amigo después...

Y cuando me lo contó no hizo más que llorar. No me dijo casi nada. Lloraba nomás, en una pieza oscura, y yo comprendía... sí comprendía que me había quedado solo. Que de golpe los había perdido a los dos para siempre.

Marita.– *(Cantando siempre muy suave.)* Hay tortas..., etc.

Landa.– Y cuando salí de esa pieza, de esa casa, el mundo se había cerrado como una caja. Era la tarde, como otras veces... pero no había cantos ahora... nada.

Marita.– Yo le ayudaba a planchar el delantal blanco a mi tía. Y las tocas blancas que eran como alas...

Landa.– *(Interrumpiendo.)* ¡Como alas, sí! Yo las vi... pero fue mucho tiempo después... mucho... Cuando ya el dolor que me había dejado esa tarde, un dolor aquí, se había hecho sordo y para siempre. Yo venía... apoyado contra el vidrio, con los ojos cerrados, cuando escuché...

(Una carcajada muy potente que proviene de María Luisa, *el* Capitán *y* María Clara *interrumpen la escena anterior.)*

María Clara.– ¡Mírenlo! Si tiene más manos que un pulpo.

Capitán.– Me crecen cuando la veo a usted, pues, mi hijita.

María Clara.– ¡Embelequero!

Capitán.– ¿No ve como la cosa puede estar buena? ¿Cerremos la puerta, ah? Sírvase otra caña. Una para mí y otra para el compañero acá. *(Mostrando a* Landa.*)* Eh, Landa, ¿en qué se ha quedado? Mira que para este lado está la fiesta y ya va a empezar.

Landa.– ¿Para qué lado queda la estación, Marita?

Capitán.– Deje la cantora tranquila. ¿Que no ve que ella tiene que trabajar? Venga, amigo, venga...

Landa.– Voy a tener que irme.

Capitán.– ¡Dale! Pero qué le ha dado a todos con irse. ¡Ni que el barco se estuviera hundiendo! Nada de eso, compañeros, la cosa está que ya empieza. *(Yendo hacia* Landa *con un vaso.)* A ver, amigo, hágale un empeño con esto para que se le tranquilicen las ideas.

Landa.– No. Tengo que irme. De verdad...

Capitán.– Tómeselo.

*(*Landa *obedece y ahora sí se emborracha del todo. En ese instante* María Clara *ha colocado un disco. Es una melodía rechinante,* monótona *y cuyo ritmo se va acelerando a medida que la escena continúa.* Barón *y* Barahona *se levantan.)*

Barón.– Nosotros...

Capitán.– ¡Nadie se mueve! Cierra las puertas, Clarita. ¡Tráncalas! Y vamos sirviendo las cañas. Traigan botellas, chuicos, barriles, lo que encuentren... ¡Ésta va a ser fiesta grande! Como las que me gustan a mí...

*(*Barón *y* Barahona *vuelven a sentarse sin ningún resentimiento. Contemplan. De vez en cuando beben un sorbo corto mientras el* Capitán *continúa con los preparativos.)*

María Clara.– *(Descubriendo la cabeza del "Cabezón".)* ¿Y para qué sirve esto?

Capitán.– Pregúntele al caballero. *(Mirando a* Barón *y* Barahona.*)* ¡Ah! de veras que ésos no más son caballeros.

María Clara.– ¿Para qué sirve?

Capitán.– Se usa como cabeza.

(Las tres mujeres se han agrupado en torno a la cabeza y gesticulan y gritan.)

María Clara.– ¡Ay! Póngasela.

María Luisa.– A ver cómo le queda.

Marita.– A mí me da como miedo.

María Clara.– Póngasela, póngasela.

Capitán.– ¿Qué no oye, compañero?

Landa.– *(Un tanto brumoso con el alcohol.)* ¿Cómo?

Capitán.– ¿Qué no oye el pedido de estas damas? Quieren que se ponga la cabeza.

Landa.– Me siento bien con esa cabeza.

Capitán.– ¿No ve, pues?

María Luisa.– Póngasela, póngasela...

Landa.– Me siento más grande.

Capitán.– A ver, alléguese para acá... *(*Landa *titubea.)* ¡Puchas que lo pescó fuerte el trago, camarada!

(Entre risas, las mujeres llevan la inmensa cabeza en alto, como una verdadera imagen y tratan de colocársela a Landa.*)*

MARÍA CLARA.– Ya pues, no sea mañoso.

MARÍA LUISA.– Quédese tranquilo...

LANDA.– Tengo que irme... Tengo que ir a buscarlos... Tengo que volver a encontrar mis ángeles... Con ellos se borró el dolor...

CAPITÁN.– ¡Qué ángeles ni que perro muerto! Aquí adentro están todos los angelitos que necesitamos. ¿No es cierto, chiquillas? *(Griterío de las mujeres.)* Aquí tenemos de todo... Y afuera no queda nada. Más allá no hay nada. Esto es lo que el mundo ofrece y esto es lo que hay que agarrar antes que se nos escape... ¿No es cierto, chiquillas? ¿Ah, Clarita? ¿Y qué me dice, María Luisa? ¿Que no me conoce, mi sargento?

MARÍA LUISA.– A mí nadie me pone nombre.

CAPITÁN.– Pero yo sí, porque la quiero.

MARÍA LUISA.– ¡Habráse visto! Ya pues, Clarita, ponle la cabeza...

LANDA.– ¿Para qué lado queda la estación?

CAPITÁN.– ¿Que quiere jugar a los trenes?

LANDA.– ¿Dónde está ese andén largo?

MARÍA CLARA.– Ya. Se la puse. *(Ha logrado colocarle la cabeza a* Landa.*)* ¡Se la puse!

MARÍA LUISA.– ¡Qué lindo se ve!

CAPITÁN.– Parece locomotora. Ahora sí que podemos jugar a los trenes. ¡Agárrense de las manos y... adelante!

(La música ha aumentado en intensidad y ritmo. Parece ahora el jadear de un tren y los personajes se toman de la mano y evolucionan a través del lugar gritando, riéndose, llamando.)

MARÍA LUISA.– *(A* Barón *y* Barahona.*)* Vengan, caballeros... Vengan a bailar con nosotros... *(Los arrastra por la mano y los obliga a unirse a la ronda. En cierta forma, sin embargo, ellos no logran reaccionar en idéntica forma que los otros.)* ¡Éste sí que es tren! Como cuando éramos chicas...

MARÍA CLARA.– ¡Ay! Déjese...

CAPITÁN.– ¿Qué no es de fierro, pues, mi hijita? Pitos nos hacen falta... Así como hacen los trenes cuando atraviesan los campos... A ver ustedes... chiflen... ¡Chiflen como chiflan cuando nos llaman en las calles! ¡Chiflen!

(Las mujeres comienzan a chiflar. El lugar se llena de ruido, se une a la música. Se transforma casi en el pitazo de un tren. Landa *ha sido arrastrado por los demás y de vez en cuando repite.)*

LANDA.– ¿Dónde está la estación, Marita?... ¿Dónde quedaron mis ángeles?

CAPITÁN.– ¡Eso es! ¡Chiflen no más! ¡Abran las jaulas! ¡Suelten las fieras! Que la carpa se llene con todo lo que tiene adentro... Suelte los tigres, mi hijita, los leones, la pantera... ¡Chiflen no más! Sea como es... Suelte las bestias que tiene adentro y olvídese de la jaula... ¡Chifle! Incéndielo todo... ¡Hagan del mundo lo que en verdad es!

(Durante algunos segundos siguen bailando, gritando, riendo; y de pronto Landa *se detiene en el centro de ellos y lanza un grito. La escena se inmoviliza.)*

LANDA.– *(Alzando la cabeza desproporcionada hacia el cielo.)* ¡Mis ángeles... Mis ángeles! ¿Por qué me habran abandonado?

(La luz se apaga súbitamente. Hay un instante de silencio atravesado por algo que parece ser el viento. A lo lejos comienza a escucharse una canción y cuando las luces vuelven, vemos a Barón *y* Barahona *balanceándose en dos trapecios que están colocados a cierta altura del suelo. Los hombres flotan en una atmósfera lechosa.)*

BARAONA.– *(Cantando.)* Por el rostro va su huella,
Que otro puede caminar,
Si no alcanza a ver su estrella,
El que sigue la ha de hallar.

BARÓN.– Porque el hombre es un comienzo
De otro hombre que vendrá,
Y el que sigue así lo pienso,
Seguirá y encontrará.

BARÓN Y BARAHONA.– Ten confianza... etc.

*(*Emperatriz *ha entrado durante la canción y los contempla.)*

Emperatriz.– ¿Dónde se habían escondido?

Barón.– Aquí estábamos.

Emperatriz.– Hace horas que los ando buscando. De repente todos me dejaron sola con esa mujer que no hacía más que chillar.

Barón.– ¿La Rucia?

Emperatriz.– Tuve que darle tres tazas de yerba milagrosa para que se quedara callada.

Barahona.– ¿Y la Sonia no la ayudó?

Emperatriz.– Ésa partió detrás de ustedes. Se llevó al chiquillo también. Dijo que le daba miedo la oscuridad, ¡ja! Yo creo que a ésa ni el mismo diablo le mete miedo. ¿No la cruzaron por ahí?

Barahona.– No.

Barón.– No, no la cruzamos.

Emperatriz.– Detrás del Capitán debe andar.

Barón.– Nosotros estábamos con él.

Emperatriz.– ¿Con el Capitán?

Barahona.– Sí. Donde las tres Marías.

Emperatriz.– ¿Ustedes?

Barahona.– Sí. Allá nos fuimos después de la función. Allá estaba el Capitán.

Emperatriz.– Pero, ¿qué fueron a hacer ahí? Esos no son lugares para mis malabaristas. *(Ríe.)* ¿Lo pasaron bien? Donde las tres Marías, quiero decir.

Barón.– Muy bien hasta que al Capitán se le ocurrió organizar una fiesta.

Barahona.– Y de repente, cuando las cosas empezaban a ponerse peligrosas, nos echaron a todos a la calle.

Barón.– Cerraron las puertas.

Barahona.– Con trancas.

Barón.– Y cada cual se fue para su lado.

Barahona.– Nosotros nos vinimos acá.

Emperatriz.– Donde pertenecen... ahí donde están ahora. Suspendidos entre el cielo y la tierra. Mirando, mirándonos.

(Las luces disminuyen sobre ellos y escuchamos nuevamente las voces de Barón *y* Barahona *cantando.)*

Barón y Barahona.– *(Juntos.)* Ten confianza.
Ten paciencia,
Que al final está la mar.

(Nuevamente los vemos suspendidos en sus trapecios. Entra la Rucia.*)*

Emperatriz.– ¿Qué es lo que te pasa ahora?

Rucia.– Nada.

Emperatriz.– ¿Por qué te levantaste entonces?

Rucia.– No podía dormir.

Emperatriz.– *(Viendo que los hombres descienden de los trapecios.)* ¿Se van?

Barón.– Ya está amaneciendo.

Barahona.– Es hora de ir a acostarse.

Emperatriz.– Nadie ha podido dormir esta noche. Parece que hubiera algo en el aire. Es algo oscuro que anda rondando igual que la noche que murió Doménico.

Rucia.– ¿Qué no saben hablar más que de la muerte esta noche?

Emperatriz.– Nadie ha hablado de la muerte.

Rucia.– Todos hablan. Y se miran. ¿Por qué?

Emperatriz.– Mejor es que vuelvas a acostarte.

Rucia.– Déjeme tranquila.

Barón.– Y luego saldrá el sol y es hora de ir a acostarse.

(Salen Barón *y* Barahona. *Hay un corto silencio.)*

Emperatriz.– Y tú, ¿adónde vas?

Rucia.– A dar una vuelta. ¿Ha visto al Capitán?

Emperatriz.– ¿Lo andas buscando?
Rucia.– Le pregunto si lo ha visto.
Emperatriz.– No. No lo he visto. *(En el momento en que la* Rucia *va a salir.)* Rucia...
Rucia.– ¿Qué?
Emperatriz.– Hace un rato estaba donde las tres Marías.
Rucia.– ¡Ah!
Emperatriz.– ¿Lo vas a ir a buscar?
Rucia.– No.
Emperatriz.– ¿No te importa que esté allá?
Rucia.– No puede hacerle mal.
Emperatriz.– Te has puesto muy comprensiva.
Rucia.– Eso es asunto mío.
Emperatriz.– ¡Hablan igual!
Rucia.– ¿Quiénes?
Emperatriz.– Tú y el Capitán. Ayer me dijo lo mismo.
Rucia.– ¿Que se metiera en lo suyo?
Emperatriz.– Sí.
Rucia.– ¿A propósito de qué?
Emperatriz.– No me acuerdo.
Rucia.– *(Con cierta violencia.)* ¿De qué?
Emperatriz.– Eso es asunto mío.
Rucia.– ¿De la Sonia?
Emperatriz.– A lo mejor.
Rucia.– ¿Qué le dijo?
Emperatriz.– Cosas que a ti no te importan.
Rucia.– Entonces usted también sospecha de ellos.
Emperatriz.– No veo por qué dices eso.
Rucia.– Se gustan, sí. ¿Cómo no había de gustarle? Es más joven, ¿no es cierto?
Emperatriz.– ¿Que tú?
Rucia.– Sí.
Emperatriz.– Supongo que sí.
Rucia.– ¿Cómo no había de gustarle entonces? Además esa mujer *sabe*. Basta mirarla para darse cuenta.
Emperatriz.– A lo mejor.
Rucia.– Tiene algo en la mirada. Pero debajo hay algo...
Emperatriz.– Es posible.
Rucia.– Sí, estoy segura que no era artista antes. Una vez me contó.
Emperatriz.– A mí nunca me habla.
Rucia.– A mí sí. Y algo me dijo una vez, cuando recién había llegado. Dígame, ¿usted cree que hay algo entre ellos?
Emperatriz.– No dices tú que no.
Rucia.– Le estoy escuchando a usted.
Emperatriz.– No lo sé.
Rucia.– Esta noche los sorprendí cuchicheándose. Ya van dos o tres veces que los he sorprendido. Y anoche el Capitán no volvió hasta el amanecer... ¿Y dónde anda la Sonia ahora?
Emperatriz.– Hace rato que salió.
Rucia.– ¿Salió?
Emperatriz.– Hace rato.
Rucia.– ¿No está en su carro?
Emperatriz.– No te digo que salió hace rato.
Rucia.– ¿Sola?
Emperatriz.– Sí.
Rucia.– Puede haberse ido a juntar con ese que recién llegó. Aunque...
Emperatriz.– ¿Qué?

Rucia.– Ése parece que no mirara a nadie. No creo que le interese la Sonia.
Emperatriz.– No, no creo.
Rucia.– Cuando menos se ha ido a juntar...
Emperatriz.– ¿Con quién?
Rucia.– ¿Por qué partió?
Emperatriz.– No sé. Yo estaba contigo en el carro.
Rucia.– Es posible que se hayan ido a encontrar.
Emperatriz.– Es posible.
Rucia.– ¿Usted sabe dónde?
Emperatriz.– ¿Cómo quieres que lo sepa?
Rucia.– Porque estoy segura de que usted los espía igual que yo.
Emperatriz.– ¿Yo?
Rucia.– Sí.
Emperatriz.– ¡Estás loca!
Rucia.– No, no estoy loca. El Capitán me lo contó todo.
Emperatriz.– ¿Qué? ¿Qué te contó?
Rucia.– Antes del accidente.
Emperatriz.– No puede haberte contado nada.
Rucia.– Me contó que habían sido amantes.
Emperatriz.– Mentira.
Rucia.– Desde que se conocieron. Pocos días después que él llegó al circo contratado por su marido.
Emperatriz.– Mentira. Cuando llegó al circo, Doménico ya había muerto.
Rucia.– No.
Emperatriz.– *(Con una cierta debilidad en la voz.)* Sí, sí. Había muerto y por eso contraté al Capitán. Para que hubiera un hombre que administrara.
Rucia.– ¿Para qué se empecina? El Capitán me lo contó todo.
Emperatriz.– Te contó mentiras entonces.
Rucia.– No lo creo.
Emperatriz.– *(Entregándose.)* Fue cuando Doménico ya había muerto. Yo estaba muy sola. Fue por soledad.
Rucia.– No se mienta. Fue cuando su marido todavía vivía y fue porque le gustó el Capitán.
Emperatriz.– No, no, no es así. Tú no puedes comprender.
Rucia.– ¿Qué es lo que no puedo comprender? ¿Toda la historia que usted se ha inventado con su Doménico? Esa historia de felicidad que ha terminado por creer cierta.
Emperatriz.– Fue cierta.
Rucia.– ¿Por qué había usted de ser distinta a los demás? Por más que hable y se invente historias, es como todos. Miente como todos, se engaña y lo engañó a él...
Emperatriz.– No...
Rucia.– Es verdad y por eso duele.
Emperatriz.– Cállate, cállate. Métete en tus asuntos y déjame tranquila.
Rucia.– ¿Ve? Habla como todos también. Todos dicen y hacen las mismas cosas aquí. ¡Qué porquería!
Emperatriz.– ¡Qué porquería, sí! Pero por lo menos yo sé que estoy metida en ella. Sé que hace falta algo, alguien que limpie toda esta mugre, que nos lleve a todos, que nos queme... En cambio tú eres la más ciega.
Rucia.– ¿Ciega?
Emperatriz.– Ni siquiera te das cuenta de lo que pasa.
Rucia.– ¿Qué?
Emperatriz.– El Capitán te engaña noche a noche.
Rucia.– ¿Con la Sonia?
Emperatriz.– ¿Y con quién si no?
Rucia.– ¿Cómo lo sabe?
Emperatriz.– Porque los he visto.

Rucia.– Usted...
Emperatriz.– Noche a noche los he visto.
Rucia.– ¿Dónde?
Emperatriz.– En cualquier parte, acostados como perros en la oscuridad.
Rucia.– ¿Dónde? ¿Dónde?
Emperatriz.– Búscalos.
Rucia.– No...
Emperatriz.– ¿Tienes miedo? Búscalos tú misma. Párate al otro lado del camino. Deja que pase un auto. Deja que los focos los iluminen de repente y los verás entre los arbustos, como perros te digo...
Rucia.– Sería capaz de...
Emperatriz.– ¿Qué?
Rucia.– De matarlo.
Emperatriz.– *(Viendo que la* Rucia *se aleja.)* Rucia, ¿adónde vas? Rucia... *(Pero la mujer ha desaparecido.* Emperatriz *gira en su silla de ruedas. Parece buscar algo, como un insecto ciego que evoluciona en un espacio demasiado pequeño, incapaz de volar, prisionero. Se acerca a uno de los trapecios, alza los brazos y trata de agarrar los cordeles. No lo consigue al comienzo: su gesto es torpe, angustioso. Se percibe que la parte interior de su cuerpo la ancla a la tierra. Por último consigue asirse a los cordeles y con un gran esfuerzo se yergue de la silla. Permanece ahí como sin fuerzas, alza entonces el rostro hacia el cielo. Cuando habla su voz tiene algo de sollozo.)* ¿Para qué dijo esas cosas? Para qué revolvió todo lo que ya estaba olvidado... Estaba olvidado, ¿no es cierto, Doménico? Doménico... Doménico...
(Las luces van disminuyendo sobre la figura de la mujer suspendida y, en la oscuridad, se escuchan las voces de Barón *y* Barahona *que cantan la canción. Las voces tienen algo de sobrehumano. Y luego se ilumina otro extremo del lugar y vemos a* Landa *también con el cuerpo en cierta forma anclado en la tierra, sostenido por* Sonia *y el niño.)*
Sonia.– Ya casi llegamos. Haz un último esfuerzo y puedes llegar a la carpa.
Landa.– No puedo.
Sonia.– Un último esfuerzo.
Landa.– No puedo... Déjame aquí afuera...
Sonia.– *(A* Juanucho.*)* Anda a buscar algo para taparlo, entonces. *(*Juanucho *obedece.)*
Landa.– *(Agarrándola por un brazo.)* ¿Te vas a quedar conmigo?
Sonia.– Sí, sí. ¿Que no ves que estoy contigo?
Landa.– Tú, no estabas allá adentro, ¿no es cierto? Tú no estabas en esa pieza llena de chiflidos donde alguien me habló de los ángeles.
Sonia.– Te encontramos en el camino.
Landa.– ¿Y Juanucho? ¿Estuvo allá adentro?
Sonia.– Tampoco. *(Rodeándolo con la manta que ha traído* Juanucho.*)* Tranquilo ahora... quédate tranquilo.
Landa.– Tengo un dolor sordo... aquí. *(Se toca la región del corazón.)* Como si me hubieran herido...
Sonia.– Debes estar todo machucado. Estabas en la mitad del camino, botado.
Landa.– Y un dolor atrás en la espalda, como si me hubieran atravesado con una lanza...
(Ella se ha arrodillado a su espalda y comienza a acariciarla con mucha suavidad.)
Sonia.– ¿Estás mejor así?
Landa.– Sonia... Sonia...
Sonia.– ¿Qué?
Landa.– Había alguien que se llamaba Sonia.
Sonia.– Así dijiste.
Landa.– A ti a lo mejor te podría contar.
Sonia.– Mejor que te quedes callado.
Landa.– Necesito alguien que me escuche, que verdaderamente quiera oírme.
Sonia.– Quédate callado ahora. Trata de dormir.
Landa.– Antes... antes el mundo todavía no estaba tan lleno de chiflidos. Y era tan limpio como la

mirada con que yo lo miraba... La perdí junto con mis ángeles y ahora voy a irme sin haber encontrado nada... nada... nada...

Sonia.– No te vas a ir a ninguna parte.

Landa.– Sí, me voy a ir. En algún lugar esta noche alguien está... está gestando, sí, eso es, gestando mi partida mi partida. Y me voy a ir sin haber encontrado nada... *(Con una angustia súbita.)* ¡Sonia! Quiero contártelo... lo que vi quiero contártelo... Quiero que lo guardes como algo tuyo... Sonia, quiero regalarte esto a ti... por favor escúchame.

Sonia.– Mañana.

Landa.– No, ahora, por favor déjame.

Sonia.– *(Acariciándole siempre la espalda.)* Mañana, mañana.

Landa.– Por favor... *(Mientras* Landa *habla, aparece el* Capitán *al fondo.* Sonia *lo presiente y se da vuelta para mirarlo. Él le hace una señal casi imperceptible, llamándola. Ella pretende ignorarlo; pero se comprende que no está escuchando las palabras de* Landa *sino que tiene el pensamiento fijo en la presencia del otro hombre.)* Un día... No recuerdo de dónde venía. O hacia dónde iba. Pero estaba en un tren, en un tren, sí, porque recuerdo el trepidar de algo vivo, alrededor, y la cabeza apoyada contra un vidrio, tibio ahí donde estaba mi mejilla, frío el resto, muy frío. Debo haber estado dormitando. Tal vez había tomado más de la cuenta. La cabeza pesada. Los ojos pesados. La boca seca. *(*Sonia *se levanta y avanza hacia el* Capitán. *Salen.)* Sonia..., ¡Sonia! ¿Qué pasa?

(No se da vuelta para mirarla. Permanece con la vista fija en la lejanía, con todo el sopor del borracho. Es Juanucho *ahora quien se acerca a él, se arrodilla y copia los gestos de* Sonia.*)*

Landa.– Sí... así. Sigue. Pareciera que el dolor se hiciera menos intenso. Menos... *(Y de pronto canta.)*

"Hay tortas de miel y hojuelas,
Hay dulces de pura azúcar..."

Era un canto, ¿sabes? Un canto de repente.

Venía de lejos y sólo yo lo oía y era como un llamado.

Ahí estaban mis ángeles. ¡Ahí!

Vestidos de blanco, con alas alrededor de la cabeza, vibrantes, temblorosos, inquietos, como un centenar de gaviotas blancas prontas a alzar el vuelo.

Y me llaman, me tienden sus manos, me ofrecen algo y sé que si voy hacia ellos, si los encuentro, este dolor sordo que tengo por ser quien soy y por estar donde estoy, se disipará de golpe.

"Hay tortas de miel y hojuelas,
Hay dulces de pura...".

Y el canto se pierde. De repente. Tal como llegó. Estamos en un túnel. Y recuerdo la oscuridad y luego esa luz donde no hay más que un trozo de campo visto a través de un vidrio chorreado, nada más, mis ángeles, ni el canto, ni esa luz de antes, nada sino el mismo dolor sordo, aquí... y el deseo de retroceder.

(A medida que las luces disminuyen paulatinamente sobre el hombre y el niño, se iluminan los trapecios que ahora cuelgan vacíos del espacio y la canción se oye a lo lejos. La imagen de los trapecios persiste durante algunos segundos y de pronto se escucha un grito, luego los rugidos del león, el ladrido de los perros. A lo lejos. El lugar se llena de luces cambiantes y aparecen Barón y Barahona, *la* Emperatriz, Landa *y* Juanucho. *Los dos primeros traen lámparas de parafina en la mano y los reflejos que éstas arrojan trazan sobre la lona de la carpa sombras extrañas.)*

Emperatriz.– ¿Qué pasa?

Barón.– Parece que alguien gritó.

Emperatriz.– Yo escuché los rugidos del león. Vayan a ver qué le pasa.

Barahona.– Venía de este lado.

Barón.– Del lado del camino.

Barahona.– Era un grito.

(En ese instante se escucha un segundo grito. Entra Sonia. *Viene desgreñada, a mitad vestida.)*

Sonia.– ¡La Rucia va a matar al Capitán! Anda con un revólver... ¡Lo va a matar!

*(*Barón, Barahona *y* Landa *salen.)*
EMPERATRIZ.– ¿Para qué lado anda?
SONIA.– Cerca del camino.
EMPERATRIZ.– *(Gritando a los hombres que han salido.)* ¡Para el lado del camino!
(Pero en ese instante se escuchan las invectivas de la Rucia. *Pocos segundos después, a través de los lienzos de la carpa, vemos al* Capitán *perseguido por la* Rucia *y a los tres hombres que tratan de retener a la mujer que se defiende como una fiera; pero esta lucha sólo se ve a través de los lienzos proyectándose las sombras como figuras monstruosas.)*
BARÓN.– ¡Tengan cuidado!
RUCIA.– ¡Desgraciado... Desgraciado!
BARAHONA.– Traten de quitarle el revólver.
CAPITÁN.– Ten cuidado, Rucia...
RUCIA.– ¡Te voy a matar, desgraciado!
LANDA.– ¡Agárrenle del brazo!
BARÓN.– ¡Cuidado!
BARAHONA.– El revólver...
(Se escucha un grito ahogado de alguien que ha sido herido. Y luego un silencio. Las sombras se inmovilizan sobre la lona.)
EMPERATRIZ.– ¿Qué pasó?
SONIA.– *(En un rincón.)* Dios mío...
EMPERATRIZ.– ¿Qué pasó? Les pregunto. ¿Qué pasó?
*(*Barón *y* Barahona *entran sosteniendo el cuerpo semiexánime de* Landa. *El hombre tiene las manos a la altura del estómago donde ha sido herido.)*
BARÓN.– Lo alcanzó.
BARAHONA.– Fue cuando quiso quitarle el revólver.
EMPERATRIZ.– Desgraciados... Esto tenía que terminar así.
BARÓN.– Lo mejor es llevarlo cuanto antes al hospital.
CAPITÁN.– Voy a buscar el camión.
EMPERATRIZ.– ¡A ti te deberían haber matado!
CAPITÁN.– Esperen aquí. Voy a buscar el camión.
EMPERATRIZ.– Éste es un inocente que no tenía ninguna culpa.
(El Capitán *sale.* Rucia *se ha quedado afuera.)*
LANDA.– Juanucho...
EMPERATRIZ.– Quédese callado mejor. No haga ningún esfuerzo. *(A* Barón.*)* ¿Está perdiendo mucha sangre? *(*Barón *inclina la cabeza.)*
BARAHONA.– Parece que quiere decir algo.
BARÓN.– No queda muy lejos el hospital.
EMPERATRIZ.– ¡Menos mal! Lo dejaremos ahí y nosotros seguiremos camino... Este pobre inocente no debiera haberse enredado con nosotros...
LANDA.– Tengo que llevarme...
EMPERATRIZ.– ¿Qué cosa?
LANDA.– Mi... traje...
EMPERATRIZ.– ¿Qué le pasará a ése con el camión?
LANDA.– El traje que... que tenía cuando llegué...
BARAHONA.– Debe ser esa cabeza inmensa con que llegó.
EMPERATRIZ.– ¿Tú sabes dónde está, Juanucho?
JUANUCHO.– Sí, señora.
EMPERATRIZ.– Anda a buscarla entonces. *(*Juanucho *sale.)*
LANDA.– Me siento... bien... con ese traje. Me siento menos... menos chico... ante el mundo demasiado grande... Y pareciera... pareciera que ese dolor sordo que tengo, aquí... se hiciera más chico en un cuerpo tan grande.
EMPERATRIZ.– ¡Qué diablos pasa con ese camión!
BARÓN.– Ayer tenía algo malo en el motor.

Emperatriz.– Lo único que falta ahora es que no parta.

Landa.– *(Con un grito súbito.)* Mis ángeles... me voy sin haberlos visto... con el mismo dolor... y sin haber dejado...

Emperatriz.– Tranquilo ahora.

Landa.– Ni siquiera le enseñé a Juanucho... ¡Me voy sin haber dejado nada!

(En ese momento se escucha el ruido del camión.)

Emperatriz.– Ahí viene. *(Al ver que* Barón *y* Barahona *lo alzan.)* Con cuidado, con cuidado les digo... *(*Emperatriz *y* Sonia *los siguen. Durante algunos segundos el lugar permanece vacío. A través de las lonas se divisa la claridad de la mañana. A lo lejos se escucha el ruido del motor del camión, las voces de los demás, el camión que se aleja.* Juanucho *ha entrado sosteniendo entre sus manos la cabeza del "Cabezón". Permanece inmóvil, como preso de una cierta magia y de pronto se escuchan los cantos. Son voces de mujeres, muy puras, muy lejanas, casi sobrenaturales.)*

Mujeres.– *(Cantando.)* Hay tortas de miel y hojuelas,
Hay dulces de pura azúcar,
Los empolvadoooooo...!

(Lentamente las lonas de la carpa comienzan a descender y vemos el cielo pálido del amanecer y el niño frente a ese cielo. Se perfilan tres mujeres de blanco, con grandes cofias en las cabezas y canastos al brazo. Apenas se las distingue, son como imágenes imprecisas de algo que va a suceder. Permanecen a cierta distancia y cantan. Juanucho *se da vuelta hacia ellas y avanza.)*

Juanucho.– ¡Hola!

TELÓN